

Octubre - Noviembre - Diciembre 1972

litoral

Revista de la Poesía y el Pensamiento



MEXICO-1944

**Número 3, Homenaje a Enrique Díez Canedo
y un Suplemento dedicado a Rafael Alberti al
cumplir el poeta sus 70 años en Roma el 16
de diciembre de 1972.**

*Torremolinos - Málaga
Andalucía - España - Europa*

N.º 33-34 (doble especial)

litoral

**Revista de la Poesía
y el Pensamiento**

Publicación mensual

La fundaron Emilio Prados
y Manuel Altolaguirre

De conformidad con lo que precep-
túa el art. 24 de la Ley de Prensa
e Imprenta:

Edita: José María Amado y Arniches

Dirige: Manuel Gallego Morell

Imprime: Imprenta Dardo

Situación financiera: Se nutre sólo
con la aportación de los suscriptores

Dirección, Redacción
y Administración:

Urbanización Miramar
Torremolinos - Málaga

Depósito Legal MA. 128 - 1968

Suscripción anual: 600 ptes.

Distribución Exclusiva para Librerías

LIBROS RODAS, S. A.

(Centro Internacional de Librerías)

Avda. República Argentina, 248

Teléf. 247 91 27

Barcelona

LITORAL



FELIZ NAVIDAD

LITORAL



Resulta que Dios
está desnudo

LITORAL



FELIZ NAVIDAD

*Resulta que Dios
está desnudo*

—¡Ya está bien que se va a helar...

*tanto adorar al Chaval
y nadie tiene reaños
de darle sus propios paños,
sus sayas o su morral!*

*Tanta mirra y tanto incienso
y El, desnudito entre el pienso;
(pienso que nadie le quiere)
su tiritera me hiere
en esta Noche tan bruta.*

*—¡Muchachos traed viruta
vamos a hacer una hoguera
antes de que se nos muera
de frío la Salvación!*

*Dejaros ya de pensar
si el vecino tiene gota
—mientras Dios está en pelotas
desde que vino al Portal.—*

*¡No discutid por doquier,
callaros, si le quereis,
—que le da frío la guerra—*

*Juntad todas las banderas
y haced una colcha loca!*

...Porque Dios está en pelota!

GLORIA FUERTES

Muy breve comentario

Por el Juzgado de Prensa, a petición del Ministerio de Información y Turismo, se procedió al secuestro del núm. 31-32 de "Litoral", tal y como en carta circular lo expuso esta revista a cada uno de sus suscriptores.

Sobre el sumario incoado por considerar que algunas de esas páginas representan una propaganda ilegal, hemos de esperar el fallo definitivo.

Para establecer punto de contacto en la colección de la revista empezamos este número 33-34 con la reproducción del colofón que cerraba el número anterior que no ha podido llegar a vuestras manos.

J. M. A.

Se terminó de imprimir este número el día 10 de noviembre de 1972 en los talleres de la Imprenta "Dardo", Alameda número 37 y en "Gráficas San Andrés, S.A.", Alonso Cano número 4 de Málaga, bajo la orientación de José María Amado, colaborando con él Jesús de Ussía, Angel Caffarena Such y Manuel Gallego Morell.

Es la exacta reproducción de dos de los tres números que editaron en Méjico en el año 1944 Manuel Altolaguirre y Emilio Prados, colaborando con ellos Juan Rejano y Francisco Giner de los Ríos.

Son estos números del exilio indispensables en la historia de esta revista y completa las tres entregas de los editados en 1926, cuando nace "Litoral" en Málaga en la calle de San Lorenzo.

Por el Juzgado de Pruebas, a petición del Ministerio de Instrucción y Turismo, se procedió al secuestro del núm. 31-32 de "Litoral", tal y como en carta circular lo expuso esta revista a cada uno de sus suscriptores.

Sobre el sumario indicado por considerarse que algunas de esas páginas representan una propaganda ilegal, hemos de expresar el fallo definitivo.

LITORAL

(AL POETA ENRIQUE DIEZ-CANEDO)

*Cuadernos mensuales de poesía, pintura
y música, publicados en*

M E X I C O



bajo la dirección de José
Moreno Villa, Emilio Prados,
M. Altolaguirre, Juan Rejano,
Francisco Giner de los Ríos

A LA MEMORIA DE
ENRIQUE TARRAÑO

Escritos de poesía, música
y pintura, publicados

por

José Moreno Villa, Emilio Rabasa,
Manuel Alzugarin, Juan Rojas,
Francisco Carr de los Ríos



AGOSTO, 1944
Secretaría de Cultura

LA CIUDAD DE MEXICO
DIRECCION GENERAL DE MEXICO, D. F.

LITORAL

*Cuadernos de poesía, música
y pintura, publicados*

por

José Moreno Villa, Emilio Prados,
Manuel Altolaguirre, Juan Rejano,
Francisco Giner de los Ríos



Secretario: Julián Calvo

DIRECCION: PANUCO, 63 - MEXICO, D. F.

A LA MEMORIA DE
ENRIQUE DIEZ-CANEDO

SEIS EPIGRAMAS

Agosto, 1944

(NUMERO ESPECIAL)

Los laureles reales de Coernavaria

^{6 epigramas}
¡ Que lluvia de lactus! Cebere en cada copia

1. de laurel incensante la campina las clava.
¿ O es fugitivo ejército que cede ante la tropa
de la noche que llega, más compacta y más brava.

2. Ya está el árbol repleto. Mas no es con de alabaz
In cuanto y de tumulto, de piedad, de congoja.
Virus volando en pajaro, se encontró sin su ligia.
Todos protestan, nadie quiere dejar la braga.

3. ~~Salta de pronto un animal, feroz y salvaje, brava~~
Huyen las aves. La espantada brava
¿ No arrastrará las hojas del árbol en su huída?
No es más el gusano del municipio brava
Su regalo, su diezmo, su mordida.

4. ~~Y el árbol que canta el árbol místico~~
No le asignes un nombre cabalístico
Deus et aves y mundo se levanta
Ya no es el árbol mágico que canta
Lo, ~~el árbol~~ trémulo y callado el árbol místico.

5. ¡ El día! con sus plumas ligeros
Cruce en rápidos grupos se desbarranda.
Fue la noche magnífica sin duda
van al campo a crear la profananda.

6. ~~Del árbol calamar~~
Cuchillos, cetero. Apenas habla
la copa, ya sin ruidos ni querrela
Solo un pio, el colopio tímido entabla
con la misma cetera.

20-IV-44

Los laureles reales de Cuernavaca

SEIS EPIGRAMAS

1

*Qué lluvia de saetas! Certera, en cada copa
de laurel, incesante la campiña las clava.
¡O es fugitivo ejército que cede ante la tropa
de la noche que llega, más compacta y más brava?*

2

*Ya está el árbol repleto. Mas no es son de aleluya
su canto: es de tumulto, de pasión, de congoja.
Vino volando un pájaro, se encontró sin su hoja.
Todos protestan; nadie quiere dejar la suya.*

3

*Huyen las aves. La espantada brusca
¿no arrastrará las hojas del árbol en su huída?
No es nada. El gavián del municipio busca
su regalo, su diezmo, su mordida.*

4

Cuchicheo, aleteo. Apenas habla
la copa, ya sin ruido ni querella.
Sólo un pío el coloquio tímidamente entabla
con la primera estrella.

5

No le asignéis un nombre cabalístico.
Lleno de aves y mudo se levanta.
Ya no es el árbol mágico que canta.
Es, trémulo y callado, el árbol místico.

6

¡El día! Con sus himnos la orquesta le saluda.
Luego en rápidos grupos se desbanda.
Fué la noche magnífica. Sin duda
van al campo a ejercer la propaganda.

J. Díez-Caneja



SOUTO

HOMENAJE

Una sonrisa bajo un cielo blanco,
fué el manantial del verso que ahora fluye
entre una doble hilera de laureles.
Llega esta voz de un rostro, de un cerrado
y alto horizonte —óvalo entre frondas—
con doble sol, dos ángeles armados
con redondos escudos, sus pupilas,
rostro distante pero engrandecido.
Frente a frente a esta voz, contra las aguas
de invasora ternura, le recuerdo,
rostro sin nubes,
donde la noche encenderá sus astros,
luces que nunca apagará el olvido.

Manuel Altolaquirre

NUESTRO AMIGO

Supo, entendió, distinguió, conceptuó. Saboreó percibiendo, gustó paladeando, se regostó, penetró misterios. Comía con placer, bebió todos los sabores, encomendó a los labios lo que tantos encargan a los dientes. Tuvo el gozo interior de la perfección del mundo y perdonaba a los hombres en su afán de envidias. Llevó la mirada a cuanto pueden alcanzar ojos humanos. Dejóse llevar del sabor de la tierra, por eso tradujo tanto, en su afán de hacer compartir las bellezas de lo creado: maestro en dar lo que sabía. Tuvo para ser crítico la suprema ventaja de no rezumar envidia por ser creador de lo suyo; que el crítico que no es más que crítico baja a Zoilo, y sólo vive de roer.

No exageró, no alabó más allá de su gusto. Mesurado. Tuvo, quizá, como único pero, el quedarse a veces corto teniendo toda la baraja en la mano, por miedo de pasarse. Nunca murmuró del mal que le hicieron, ni se vengó con la pluma: por gusto, tacto y decencia. Juzgó sin murmurar, censuró sin hiel, notó sin vituperar. Jamás hizo buey de rana, a lo sumo recurrió a retóricas para endulzar amargas verdades, sin esconderlas jamás para quien supiera leer; que eso puede la bondad cuando no falla la justicia.

Sonreía a los embates, aceptaba la realidad, jamás exteriorizó despecho porque no le dieran lo suyo, ni demostró impaciencia: tierno, claro, justo.

Español como el que más, por la poesía, la pintura y la música, por la sangre que ofreció cuando le hubiera sido fácil res-

guardarla en países amigos que le llamaban. Liberal de suyo y de lo suyo por la libertad de su pueblo, que no tenía fronteras.

Nunca dijo cosa por otra, porque no lo necesitaba (amigo como era de los más inocentes retruécanos nacidos al amor del idioma).

Amigo de amigos, de tertulias, de cafés, de las calles, de las revistas, de los jardines, de los museos, de las redacciones, de todos los teatros. Los brazos cortos mandando sobre los faldones de la chaqueta abierta al viento, el paso menudo, la sonrisa ancha, sonrosado, redondo. Si, como creo, hay librerías de viejo en el otro mundo, allí andará Canedo como tras su Botánico, en su feria de libros, subibajando entre los puestos, buscando colofones, trasegando, pesquisando falsas, divirtiéndose con erratas, revolviendo escondrijos, en busca de uno y en pos de otro tomo dispar, con el claro cielo de su Madrid en las diabladas, la blanca holanda del Guadarrama en el foro, el Pardo en segundo término y sus nietos de la mano, sonando las dos en la estación de Atocha, camino de vuelta a su casa.

Max Aub

Transit d'Enric Díez-Canedo

Sospiraven els llibres en rengleres,
veia prop d'ell —quina cruesa, el sol!—
aquell raïm de cares benamades,
atapeïdes en llur dol.
De puntetes deixà la seva cambra:
tenia en sa despulla massa fred.
Passà una porta nova, que va obrir-se
només que per a ell en la paret.
Baixà per una escala
estreta i amarada com un pou,
i eixí tot lleu a la boirosa via
on s'apaiwaga l'ànima que fou.
Ombra gentil, encara, en la ribera
final, amb la deixia d'un somrís,
guanyà el cor de Carón, dur com sa barca,
i aclarí vagament l'aire estantís.
Del riu en l'aigua negra, en embarcant-se,
plegà un manyoc d'estels,
i deixà la meitat d'un epigrama
al peu d'uns asfodels.

Josep Carner

Don Enrique Díez-Canedo y los chilenos

Yo siento que tengo una deuda con la memoria de don Enrique Díez-Canedo, como chileno y como escritor chileno. Yo sé que durante una época entera, todo lo que va corrido de siglo, no hubo en España otro crítico que se ocupara de nosotros, de nuestras producciones, de nuestros versos, de nuestras novelas y de nuestras obras históricas. Unamuno conocía muchos libros chilenos, pero sólo sabía juzgarlos acremente, sin pensar que carecíamos de la tradición literaria, de siete siglos, de España. Don Enrique conocía también muchos de nuestros libros, los cuales tocaban a su bondad abierta, a su grande y clara comprensión, a su magnífico espíritu lleno de equilibrio, libre de acideces, espíritu que derramaba el aceite que alivia y no el vinagre corrosivo.

Es que, además, don Enrique había viajado por América y nos había conocido en tierra y carne vivas. Huellas de su paso por Chile hay muchísimas, pero ninguna tan luminosa y perfecta como esa definición de nuestro clima vario y nuestra bullente vida telúrica:

*Te arrulla el mar, te velan las montañas;
te arde la frente y por los pies tiritas:
con sus pródidas manos infinitas
Dios está removiendo tus entrañas.*

Mi deuda personal, sin embargo, viene de más lejos, de los tiempos en que conocí la poesía francesa a través del cristal de sus traducciones. Luego he buscado esa poesía en sus fuentes, pero jamás olvidaré la "Carta de México", de Corbière, en la traducción de Díez-

Canedo; jamás dejaré de decir “El Albatros”, de Baudelaire, en castellano; me parece que sus ardientes versos vibran mejor en la versión del maestro español:

*La gente marinera con crueldad salvaje
suele matar albatros, grandes aves marinas...*

Estas líneas estarían incompletas si no se hablara en ellas de la bondad humana —superior a los más encumbrados méritos literarios— de don Enrique Díez-Canedo, de su acogedora actitud, de su mano siempre tendida, de su puerta siempre abierta, de su biblioteca siempre pronta para satisfacer nuestras inquietudes. Imposible no recordar la limpia bondad de este hombre de corazón firme, su callada grandeza, su serena reciedumbre que dió un ejemplo a intelectuales de aquellos que prefirieron la paz de sus libros a las duras alternativas de la emigración, de los que cambiaron la dignidad del hombre por el plato de lentejas.

Nunca lo olvidaremos. Sus cabellos blancos y su blanca bondad se quedaron para siempre en nuestra tierra, en América, que él comprendió y amó y que guardará su memoria con la reverencia que nunca niega a los poetas y a los hombres de bien.

Luis Enrique Délano

IN MEMORIAM

¿Cómo situar exactamente a Enrique Díez-Canedo? Fué hombre poco querencioso de *su sitio*; del que le adjudicaron, sin concesión graciosa, sus prójimos y del que logró, por sobre la escatimosa estimativa contemporánea, con sus merecimientos. No *sitió* nunca, como es costumbre en el impaciente, afanoso y menudo ejercicio de las letras, el sitio, para él fuera de lugar, que le correspondía. Más aún: se relegaba obstinadamente en su fecundo margen de penumbra, supeditándose a una línea media que siempre rebasaron sus aptitudes y méritos. No pudo experimentar ni la franciscana ambición de ambicionar poco, porque se sentía colmado de gozosa conformidad, de acuerdo feliz con la vida: le bastaba lo suficiente. Maestro en el arte sobrehumano de saber conllevar las imperfecciones ajenas, jamás sobreestimó el haber propio, que fué, en muchas ocasiones, perfecto. Con su media palabra, siempre emitida a medias, dijo lo indispensable. Y se lo dijo al buen entendedor. Porque gustaba escribir entre líneas, con medida interlineal, para el inteligente. Como no quiso albergarse en una situación ya adquirida, inmóvil, anduvo errante en el peripatético oficio de buscar y descubrir vocaciones atendibles. Frente a la subversión e indeterminación de los valores artísticos y humanos que empezaba a cundir —cuando el sobrerrealismo subrealizaba, en obras fallidas, sus menudos escándalos y la literatura degeneraba, farragosamente, en sociología—, se precavió contra el auge turbio y cenagoso del río revuelto, y se puso al margen; no para eludir el cumplimiento de su deber voluntario, sino precisamente para cumplirlo con eficacia y decoro. Y así, y más o menos oído o desoído, fué jerarquizando, con paciente ecuanimidad e imperturbable espíritu de justicia, las disciplinas y alborotadoras huestes de la pluma. En este difícil magisterio, no siempre ingrávito, jamás encontró pesadumbre. Dijérase que fruía —como voluptuosidad pecaminosa— la humilde satisfacción de em-

plearse en menesteres que estaban muy por debajo de sus aptitudes —pero no de sus gustos—. (Porque a Canedo le plugo también bien-avenirse con esa vocación menuda y subalterna que condesciende en reparar hasta en lo insignificante; ya que, para su escrupulosa, extensa y ponderada visión de conjunto, también las minucias excusables se le antojaban sobremanera significativas.)

Por más que en ocasiones amolase intencionadamente la dicción —típica dicción de hombre templado—, su agudeza sin filos, que se correspondía perfectamente con una voz de mitigados bemoles —también aguda y sin filos también—, jamás producía erosión ni rasguño. Alerta siempre, no tuvo en ninguna ocasión el gesto receloso, suspicaz, del crítico perenne que usa en toda oportunidad, y con toda inoportunidad, la impertinencia y suficiencia del *ojo avizor*. Ni en la vida diaria ni en su modo profesional asumió la prestanciosa tesitura del docto infalible. Por ser siempre un espíritu animoso sin animosidad, la malicia le tachó de pusilánime.

Aunque tuviera, naturalmente, como pábulo esencial la literatura clásica española, su apetencia de lector insaciable no dejó de catar, con gusto diverso y sin rabisalsería, las diferentes salsas que adereza la especiosa literatura de hoy. Como buen *gourmet* o gastrónomo, supo paladear morosamente los manjares —naturalmente exquisitos o artificioosamente elaborados— de los expertos condimentadores europeos. Pero fué asimismo un *gourmand* o gastrómano, un hombre de buen diente, que jamás hizo ascos a ningún género de viandas... deglutibles. Su predilección por la cocina selecta, que no era gusto de figurero o *snob*, no le inducía a rechazar los sabrosos condumios de los figones castizos, siempre y cuando el oficio de sus guisanderos fuese un oficio de manos limpias, y sin confundir, naturalmente, el orden jerárquico natural de los sabores que paladeaba.

Como una de sus dilecciones más evidentes, aireó en toda coyuntura, con satisfacción ostensible, la atención que le merecían las letras hispanoamericanas. Este caso, su caso, fue único —y pondérese la exactitud de este nada hiperbólico aserto— entre los escritores españoles contemporáneos. Porque los escritores españoles contemporá-

neos, al frecuentar las letras ultramarinas, procurábanse, sobre todo, en este comercio o intercambio, un medio, tan legítimo como eficaz, para la difusión de sus obras originales. Pero Díez-Canedo no actuó nunca con vistas a la reciprocidad. Su desinteresado empeño —que se tildó de veleidad excusable y aun de cómodo subterfugio— fué vocación probada y consecuente. Ni los más atroces encomios, los del estrechamiento de lazos o vínculos, ni las censuras, tópicas también, con que se le abrumó a este propósito, y que él acogía con risueña imperturbabilidad, le apartaron de su empresa de extremeño voluntarioso. Porque para Canedo los problemas españoles no se reducían a las actividades, exclusivamente metropolitanas, de la Península. Y su noble y ancho concepto de lo español tremolaba, por sobre la estrechez topográfica de nuestro territorio disminuído, el arriesgado e imperecedero “Plus ultra” de las Castillas.

Federico de Onís lo supo ver y poner en su sitio, dentro de la topografía en crisis de la literatura ibérica, cuando escribió inequívocamente: “Su labor en relación con la poesía contemporánea es doble: creadora y crítica. En este último aspecto, es la figura capital de toda la época: su situación cronológica en el centro de ella le ha permitido conocerla directamente en toda su evolución; su temperamento intelectual, abierto y sereno, le ha hecho entenderla en todas sus escuelas; su cultura, penetración y buen gusto le han capacitado para juzgarla. Si en el aspecto de su poesía original no llega a ocupar el mismo lugar preeminente y único que ocupa como crítico, es uno de los poetas más distinguidos del momento postmodernista en muchas de sus diversas tendencias.”

Ahora, después de su muerte, se insiste demasiado —se insiste con cargante unanimidad— en la exaltación casi exclusiva de una de las virtudes naturales más eminentes —pero no única— de nuestro amigo: en su justamente decantada bondad. Pero la bondad prócer de Díez-Canedo no constituye, con toda su rareza, el peso específico del ilustre español ya definitivamente desterrado. Es apenas uno de los ingredientes óptimos de su personalidad enteriza —ingrediente o parte, que no es lícito echar a mala parte, por mucho que nos consterne el

verlo ya extinguido como radiante manadero de lucidez ética. Sobre las bondadosas cenizas de Enrique Díez-Canedo arden, con llamarada imprescriptible, todas las cualidades imperecederas que lo integraron: el talento de excepción, la cultura auténticamente asimilada, la claridad de espíritu y de entendimiento, la fluidez, gracia e impecabilidad de la dicción, el ingenio generoso, la benevolencia crítica, la curiosidad circunspecta, el rigor espiritual, el espíritu de sacrificio, la morigeración expresiva —el designio de llamar a las cosas con el menos mortificante de sus nombres—, etc., etc. Y como síntesis de todas estas virtudes, su condición heroica de hombre de letras que sólo se supeditó, con refrenado señorío, a la servidumbre de la pluma.

Juan José Domenchina

Estás aquí

*A*quella sencillez que me enseñaba
toda la luz que te encendía dentro
tenía no sé qué de milagroso,
de cristalino afán, de transparencia.
Sólo el amor más alto puede darla,
amor total, redondo y ya tenido,
equilibrio logrado, fruto hecho,
cuando la gracia hasta su centro sube
y colma en claridad su fuente viva.
Saber y corazón entrelazados,
fundidos al calor de esa armonía
que te bañaba todo de igual luz
para entregarte en ademán sereno.
¡Qué vigor delicado en tu palabra!
Junto al rigor que dabas a su acento,
¡qué dulce la bondad que regalabas
y qué dulce su colmo, tan medido!
Y en el cristal de tu sosiego claro,
¡cuánto vilo interior, nervio escondido,
seguro de su afán, limpio y perfecto!

*Me duele tu memoria por memoria.
Tan recientes tu luz y tu sonrisa,
el calor de tu mano y tu palabra,
no puedo abandonarme a tu recuerdo
ni a la dulzura que a su voz imprimes
a través de la angustia de tu muerte.
Roto el aire de ausencia inevitable,*

se quiebra su agonía entre mi pecho,
pero te busco siempre como antes,
como ayer todavía te buscaba
seguro de encontrarte y de tenerte
en tu noble presencia, tan amiga.
Te encuentro por las voces de mi hijo,
en la ternura tuya que aún le queda,
en su presente eterno que tú llenas
grande y sencillo desde un cielo alto
explicación final de tu silencio.
Te encuentro sobre el libro que ahora leo,
en la preocupación que me atraviesa
y siento tu consejo y tu palabra,
tu necesario juicio tan preciso,
sin acritud ni ceño, sentimiento.
Ahora que hablo contigo, solo y triste,
temblando limpio el corazón deshecho,
tu dulce sombra viene con la noche,
y en su silencio tierno tu sonrisa
y tu gracia inefable me conmueven.
Estás aquí, como otras noches buenas.
¡Hasta mañana siempre, don Enrique!

F. Giner de los Ríos

Enrique Díez-Canedo

Yo quisiera despedir entre lágrimas a Enrique Díez-Canedo con las palabras del poeta inglés: “Ahora se rompe un gran corazón”... Porque este poeta fino y esencial, este escritor atento a las más variadas solicitaciones de la cultura humana, este crítico certero y sagaz, esta inteligencia a la vez penetrante y generosa, este amigo incomparable, este modelo de caballeros, era eso ante todo: un gran corazón.

Amó a México en la forma de mayor nobleza espiritual, y años más años se dedicó a estudiarlo y comprenderlo. En España no tuvieron los escritores mexicanos mejor amigo, hombre más enterado ni defensor más decidido y entusiasta. Aquella alma enemiga de explosiones y de estrépitos, acompasada en un misterioso ritmo de suavidad, ardía por dentro en llama de amistad fiel. Yo supe de ello durante siete lustros; primero por palabras a distancia; más tarde por coloquios de viva voz, que sellaron un afecto fraternal en España y lo prolongaron y afianzaron en el destierro doloroso que el amor a nuestro país hizo más llevadero.

De no ser en su España —en su España ya victoriosa y purificada—, era en México donde debía morir, en esta tierra familiar y agradecida que hoy le da paz eterna, ya que no pudo ofrecerle la otra paz con que soñó durante horas largas y tremendas.

Las letras españolas lo lloran y glorifican; las mexicanas dejan hoy sobre su tumba el homenaje más cordial y la admiración más justa y debida. A mí personalmente esta desapari-

ción me sume en dolor profundo. Pastor de la muerte, vivo hace años repasando ausencias en las mermadas filas de mi rebaño espiritual y poniendo a prueba mi resistencia ante el infortunio. La medida no tardará en colmarse; pero aún tengo voz para despedir a aquel por cuya boca sonó mi nombre de poeta hace treinta y cinco años y por primera vez en tierra española.

¡Ah, si tuviera yo el santo don de lágrimas...!

Adiós, amigo fiel e inolvidable, fiel a los tuyos y fiel a tu arte como la hiedra. Que la tierra mexicana te cubra y te bendiga. Que bajo su amparo se estremezcan tus huesos cuando tu España resucite.

Enrique González Martínez

EN LA ULTIMA PARED

DE ENRIQUE DIEZ-CANEDO

Hombres tan sucesivamente claros, de tal noble transparencia, de tanta lealtad a su cristalino ser, es bien difícil encontrarlos en nuestra vida. Por eso el apagamiento de este hombre ha sido para mí el apagarse de una luz serena, que uno creía, por derecho, inestinguible. Luz de igual alerta, año tras año; en la calma y en el viento.

Este mediodía tormentoso de Washington, tan parecido así a Madrid (el Washington donde yo pensé a Enrique con los suyos y los otros y nosotros en buena tarea española), me trae con sus nubes fijas algunas inolvidables presencias de Enrique Díez-Canedo. Aquella tarde del confuso Ateneo de Madrid, en que oímos juntos leer a Rubén Darío la "Salutación del Optimista" (que yo le había visto escribir, verso a verso, en papel de barba, en su entresuelo de la calle de las Veneras). ¡Y lo que aplaudimos los dos aquella hermosura de verso! La mañana en que recibí en Moguer, como un rayo amarillo, "La visita del sol", escritura tan trasparente, noble, clara, leal, alerta como su poeta. Una noche de junio, yendo yo con él a su casa de la calle de La Lealtad, cuando una invasión de olor de acacias nuevas nos detuvo junto al Obelisco estrellado en grande. El día triste en que fuimos a ver a Fernando Fortún, el casi niño, ya tan decaído, con su extraña barbilla rojiza contra el ocaso del Pardo. Y el librito de Fortún, que Enrique y yo hicimos luego, él tan dispuesto y yo tan despacioso. La tranoche en que trabajamos juntos en la imprenta de Maroto, para

que el número primero de "Índice" saliera exacto; la ecuanimidad de él y mi alteración. Los crepúsculos inolvidables, invierno y entretiem po, en la casa de Alfonso Reyes en Madrid. El casamiento de María Teresa en los Jerónimos, con tantos amigos buenos, hoy muertos, perdidos o distantes. Y nuestra coincidencia en Nueva York, un día tan pleno, última vez que nos vimos.

Y siempre su sonrisa de seriedad o humor fino. Su sonrisa entre los amigos, su sonrisa con su familia también risueña, clara también, también trasparente, alerta, noble, leal. Todo aquel color rubio, azul, fresco, reunido en vida abierta. La familia buena de Enrique bueno.

Aquí a mi lado tengo los poemas superiores de "El Desterrado". Aquí en mi mano, la carta de Teresa con las tres líneas de Enrique, eludidoras de su realidad de Cuernavaca; la carta del siempre justo Alfonso Reyes, dándonos la necesaria noticia; y la de Francisco, tan removedoras de entraña las dos, cada una con lo suyo. Aquí todo, ¡qué cerca, no qué lejos! Qué cerca todo, tan cálido y tan limpio; qué atmósfera tan prendedora del engañoso olvido.

En Moguer, 1908, al frente de mis "Elejías puras" y de su vida en Madrid, escribí esta segura dedicatoria: "A Enrique Díez-Canedo, poeta sin mancha". Hoy, treinta y seis años después, yo en Washington, al frente de su muerte en Méjico puedo escribir con orgullo y amor un epitafio: "Enrique Díez-Canedo, poeta y amigo sin mancha".

Juan Ramón Jiménez

ENCUENTRO

Yo llegué al templo nacional de la Poesía española cuando se apedreaba en las calles a los últimos sacerdotes simbolistas. Llegué tarde, cansado y por unos extraños atajos pedregosos. No sé si será útil contar esto algún día. Util para el archivo de los poetas descarriados y malditos.

No entré por la puerta tradicional. En realidad, por entonces, 1918-20, comenzaban a derrumbarse todas las puertas y a abrirse grandes boquetes en las viejas paredes sagradas, por donde se colaban en cuadrilla los jóvenes poetas revolucionarios. Tampoco entré por estos boquetes. Llegué en un mal momento. Cuando la pelea era más encarnizada. Y creo que piedras de los dos bandos me alcanzaron a mí en la frente. Yo no venía a defender a nadie ni pertenecía a ninguna cofradía. Por entonces no tenía ningún credo. Ni político ni religioso. Pero hablaba con un dolorido acento castellano de derrota que luego he visto era más universal que castellano. Quiero decir que la derrota era menos nacional, menos doméstica y menos individual de lo que yo sentía. Se acababa de firmar el Tratado de Versalles y alguien había ganado una victoria. Pero el Hombre se sentía derrotado. Contra la deshumanización naciente yo traía una vaga humanización colectiva. Sin embargo, no tenía credo político tampoco. En realidad, yo no era más que un vagabundo sin casa y sin escuela, que andaba perdido por los cafés y por las calles de Madrid.

Un día me recogió Enrique Díez-Canedo como se recoge a un mendigo y me llevó de la mano a la revista *España*, donde me presentó a sus amigos y más tarde a los amantes de la Poesía de la Península y de Hispanoamérica. Su voz ya tenía crédito y autoridad entre los mejores. Por esta puerta entré. Por esta puerta que construyeron los epígonos del 98 y que después se ha derrumbado también.

El hombre que me la abrió acaba de morir. Era un español pacífico y armónico, de voz tranquila y firme, que ordenó la Poesía de un mundo que se ha cerrado ya. Supo dirigir, clasificar, animar, censurar y purificar los voces mejores que cantaron a su lado. Y él mismo tomó parte en el coro con muy buena entonación y gran sabiduría. Conocía el compás de las grandes escuelas tradicionales. En arte, como en política, fué un espíritu liberal. No revolucionario. Y cuando la canción, enloquecida, reventó en la garganta de algunos poetas para ganarle espacio a las murallas de la sombra, él no siguió por este lado la aventura. Su destino estaba circunscrito a otros límites y dimensiones. Pero en su mundo y defendiendo los principios de su mundo, fué el hombre más honrado y más valiente que he conocido.

León Felipe

EL SONETO DE "LA VOZ"

Don Enrique solía llegar a la redacción de "La Voz" entre doce y una de la tarde. Entraba con su andar de pasos breves y rápidos, todo él blanco y sonrosado, abierta la sonrisa, los ojos vivos tras los lentes que con el tiempo adquirieron aros de concha y se hicieron gafas, el sombrero en la mano, el traje gris, alba la camisa y el cuello planchado con la corbata azul ligeramente desencajada; el gabán, bien abultados los bolsillos de papeles —un libro, una revista, varios libros, varias revistas— y algo caído de los hombros. Daba los buenos días con su voz delgada y dulce, los redactores lo acogían con alborozo cordial e, instantáneamente, se producía un múltiple suspiro de alivio como si la presencia de don Enrique viniera a poner unas gotas de luz en las sombras de su trabajo de todos los días.

Entonces, mientras don Enrique buscaba los periódicos de la mañana, ciertos periódicos, se promovía a su alrededor un conato de tertulia. Alguien le contaba un chisme, él respondía con una agudeza, otro le preguntaba por el estreno de la noche anterior, por los pequeños secretos del estreno que no aparecen en las crónicas, el de más allá trataba de sugerirle un tema. El, a su vez, inquiría detalles de la crisis —siempre había una crisis planteada o en ciernes o acabadita de resolver— o del debate parlamentario o del crimen, porque siempre también había un crimen... En la cafetera, que había traído el mozo del bar de la esquina, quedaba aún café para una taza y no estaba demasiado frío.

Sin dejar de hablar, don Enrique, sentado ya a una mesa, habitualmente la mía, enfrente de mí, espigaba en los diarios. De pronto su

sonrisa se abría más, sus ojos, ahora sin cristales, chispeaban regocijados, sacaba la estilográfica, requería una cuartilla... Un cuarto de hora después, en la taza quedaba un poso negro y don Enrique me pasaba la cuartilla rayada por catorce renglones de once sílabas. Don Enrique había escrito en un soneto su comentario irónico a un suceso de actualidad para "La cena de las burlas", sección que redactaba anónima y diariamente desde la aparición de "La Voz". Eran catorce versos impecables de forma, sin una enmienda, sin una tachadura, magistrales.

Don Enrique tomaba su sombrero y salía con su andar menudo, arrastrando un poco los pies. Hasta mañana..., hasta mañana... La redacción volvía a sus sombras, pero el soneto quedaba allí, sobre mi mesa, irradiando su claridad. Luego, por un tubo, caía a la imprenta revuelto con las declaraciones de un quídam, con el robo de una cartera, con el incendio, con el banquete, con el choque..., luego se lo tragaban las máquinas...; luego, al anochecer, brillaba un segundo ante los ojos del lector como una estrella fugaz, innominada, vista y no vista...

Y yo no sé ahora, a esta distancia y en este dolor de su vida cerrada con las siete llaves del misterio, si aquel soneto anónimo, letrado y sabio, era servidumbre o grandeza. Sólo sé que su recuerdo me produce una profunda melancolía.

Paulino Masip

S O M B R A S

Las sombras bajan, se esconden
por los troncos, por la yedra,
entre los altos ramajes;
otras por el suelo quedan
como fantasmas tendidos
bien pegados a la tierra...

Las hay que llegan dormidas
y se las siente que sueñan...

Otras traen aires sonoros
en debilísimas quejas...

He cruzado los jardines
en esta hora en que se ausenta
el día. Como otra sombra
crucé por las alamedas.
Entre los claros oscuros,
me confundía con ellas.
En las aguas del estanque
donde el cielo se refleja,
había otro cielo de agua
con misteriosas estrellas.
Me senté al borde. La noche
había tendido velas.
Me pareció como un barco
que a la inmensidad nos lleva...

Concha Méndez

El Nombre hecho Hombre

Al evocar a un muerto se toca un timbre mágico. Este timbre es el nombre. Y, en consecuencia, el hombre. Se dice Canedo y salta inmediatamente su tónica personal.

Nombradlo. Parece cosa de magia. Podéis ensayar antes con otros para apreciar las enormes diferencias tónicas que nos separan a unos de otros. Decid Costa, decid Unamuno, decid García Lorca, decid Castelar y veréis cómo se os presentan rápidamente, de manera escueta y breve, con sus notas últimas y definitivas. Se diría que unos son luz y otros sombra, unos línea y otros masa, unos cueva y otros cántico.

Costa, es un gemido tormentoso del mar entre las rocas; Unamuno, es el buho espantado de la muerte; Castelar, el vibrante gallardete suelto en lo alto del mástil; García Lorca, el agua cantarina que sube del Generalife al cielo.

Cada nombre de hombre, cada nombre hecho hombre, es un maravilloso resumen vital, que nos dice la altura, la hondura, el aire, el color, la ductilidad, la agudeza, la alegría o, dicho brevemente, la tónica y el temple del individuo, esto es, del indivisible.

Las estelas o losas sepulcrales de los tiempos clásicos solían apuntar las virtudes características del acogido bajo su amparo. Es decir, daban a la posteridad ese resumen que se nos presenta de golpe a los que estuvimos familiarizados con el que bajó a la tierra. En tiempos clásicos, el encargado de redactar el epitafio de Díez-Canedo tendría que decir:

“Fué jovial, animoso, erudito y poeta, jugó limpio, vivió en impecable lealtad y ponderación, no dejó un solo enemigo.”

José Moreno Villa



José Moreno Villa

Concha Méndez

RECUERDO

Díez-Canedo era de aquellos escritores capaces de cumplir el extraordinario heroísmo de disminuir su propia personalidad para que resaltase mejor la de los artistas que amaron y difundieron. Creo que pocos realizaron en las letras españolas de los últimos cuarenta años un servicio más esmerado de intérprete y trasvasador de otras literaturas; nadie tuvo el ojo más alerta y la sonrisa más comprensiva para que el viejo caudal español recibiese y asimilase nuevos afluentes. De provinciana que fué, en el siglo XIX, la literatura española volvía a universalizarse en el siglo XX. En esa verdadera cruzada contra la chocarrería, la facilidad intrascendente, la declamación o el “medio pelo literario” en que cayeron las letras hispanas del 1800, cruzada que tuvo su Pedro el ermitaño en Rubén Darío y fué continuada por la generación del 98, correspondió a Canedo un trabajo perspicaz y responsable que su simpática modestia no permitió nunca que se interpretase de modo pedante o magisterial. Un libro como la *Antología de la poesía moderna francesa*, tan claro y documentado en sus noticias, tan justo en sus traducciones, no sólo sirvió para completar y hacer el balance de la revolución modernista, sino que anticipaba ya, por 1913, algunos de los caminos e influencias por donde iba a transitar la nueva poesía. Y siempre conservó Canedo, a pesar de las pruebas de la vida, de la dura peripecia trashoguera que le imponía en los límites de la vejez la tragedia política de España, siempre conservó aquella curiosidad niña, profundamente amistosa, con que hace apenas dos años en un “college” de los Estados Unidos comentaba conmigo los últimos nombres, los últimos libros y las últimas experiencias de la literatura hispano-americana. Con su entrañable españolidad sabía fundir su amor por las claras formas de Francia y la efusiva simpatía por nuestra

joven y tumultuosa Hispano-América, de que nos dejó testimonio en innumerables reseñas y estudios críticos y en sus cordialísimos *Epigramas Americanos*. ¡Con qué goce y entrega amistosa le veía recorrer allá por 1927 las calles y paseos de Santiago de Chile, sentarse a tomar su café con un grupo de escritores principiantes, sin elevar la voz como para no cohibir nuestra confidencia! En un cuaderno, que por su curiosidad y fresco entusiasmo, no disminuído por ningún prejuicio, podía compararse con el de un adolescente, anotaba aquella “novedad” que sabía depararle nuestra América: desde los paisajes de la cordillera hasta todos los modos peculiares de cantar y decir el español; de imponer otro sentido esotérico a las más usuales palabras, de la gente suramericana. Díez-Canedo no había venido a darnos lecciones de casticismo; y cada una de aquellas sorpresas lingüísticas no despertaban al dómine, sino al poeta, más ansioso de ver y entender que de codificar y enseñar.

Cuando se han conocido tantos escritores vanidosos; cuando el excesivo lujo de la inteligencia, impermeable a otros valores humanos, llegó a producir tedio, cuando el ingenio malévolo de tantos pseudo-Sócrates de café nos fatigó de puro insistente, ¡cómo se descansaba en la amistad de un hombre como Canedo! Y uno quisiera elogiarlo y estimarlo siempre con aquella discreción y generosidad con que pasó por el mundo, animando y sirviendo a los otros, aun a riesgo de opacar y disminuir el gran crítico, el gran escritor que llevaba consigo.

Mariano Picón-Salas

LAUREL

Quedó tu voz sin aire y alzó en ella
la estatua del laurel que tú cantaste:
laurel real.

Y lloró por tu ausencia,
la sombra del laurel que tú viviste:
laurel real.

Y aquí estamos ya todos, meditando
juntos bajo el laurel que levantaste:
laurel real.

Por qué al pensar tu voz, memoria o viento,
nos vas cambiando en hojas de la muerte,
laurel real.

Laurel real:
Mientras que tú, ya tierra, en tu destierro
un árbol dejas libre del olvido:
laurel real,
allá en España, un eco desolado
crece junto a la mar, laurel de sangre.

Emilio Prados



Homemaje
a
ENRIQUE DIEZ-CANEDO



Miguel Prieto

CANCION

EN TIEMPO DE ELEGIA

Haré que pongan tu sombra
donde el hombre, donde el día,
donde despierta la rosa,
donde el agua se ilumina.

(Tu sombra con tu acento: eternamente.
Y sobre el lecho terrenal del llanto
la efigie derrotada de la muerte.)

Haré que pongan tu mano
sobre el árbol, sobre el mar,
sobre la estela del pájaro,
sobre la espuma lunar.

(Tu mano con tu nombre: limpiamente.
Y bajo el muro vegetal del tiempo
la efigie desolada de la muerte.)

Haré que pongan tu alma
junto al aire, junto al sueño,
junto a la infancia lejana,
junto a la paloma en celo.

(Tu alma con tu risa: claramente.
Y entre los velos del dolor, tronchados,
la efigie fugitiva de la muerte.)

Me harás que ponga mi voz
sobre la tierra, a la espera
de tu semilla de amor.

Darás con mi llanto en tierra.

Juan Rejano

Ausencia y presencia del amigo

Más de treinta años de amistad, una amistad que desde el primer instante superó la etapa todavía sensual de las confianzas y que se desenvolvía como una gravitación suficiente y necesaria, se atajan de repente ante la piedra mortuoria. Sí: esta interrupción desazona y subleva, ai pronto, como lo haría, en efecto, una piedra, un material tropiezo, absurdamente incrustados en un fluir espiritual.

Por pasos, el imposible metafísico reivindica su dignidad verdadera. Los ojos, turbios de lágrimas, aprenden a ver en su nuevo orbe penumbroso. Poco a poco se traspasa la tumba. Y otra vez, vivo ya para siempre, el amigo no sólo se derrama en la vida numerosa de la sociedad que lo acompañó a consumirse; no sólo penetra en la conciencia de la época como un aura vaga y presente, sino que nos asalta desde el otro lado de la mesa, dialogando de cierta manera inefable con cada uno de estos renglones, sonriendo de nuestros esfuerzos por expresar lo inexpresable, acogiendo con semblante serio y transparente la tácita promesa que hacemos, la de contrastar con su inmaculado ejemplo los trances de nuestra pobre conducta.

Premio del dolor perseverante que escarba en su propia oscuridad hasta no distinguir los bultos que la habitan, allí están, como en el oráculo de los cimerianos, las sombras de todos nuestros muertos. Vienen a nosotros, en ráfagas y ondas: música secreta que el tímpano ya no registra, pero sí los sobresaltos

cordiales. Nos rodean, nos sitian. Les pertenecemos al fin. La alta medianoche, la muda soledad, les son propicias.

Hermano de mi naufragio en España, probado después y asociado largamente a mí por tantas vicisitudes y cambios de la loca fortuna; mil veces empujado hasta mí por el mismo envío de las tormentas, he aquí que te tengo muy cerca, a la vez que te veo salvarte de tu último naufragio en México, cabalgando tu navecilla delgada de vuelo radioso y vertical.

Maestro de letras a quien nunca logró secar ni encallecer el oficio: exento de toda "canallería" profesional, que ignoraba con bravura de justo; coronado por la sencillez, hasta desarmar con un monosílabo o un breve ademán esos asedios de petulancia con que siempre atacan las generaciones nacientes, por triste ley de naturaleza; "lirio y, por la ingenuidad, uno cualquiera entre vosotros".

Hay la inteligencia como instrumento o arma. Se la arrima, se la desviste en los ocios, y entonces volvemos a la bestia. Pero hay la inteligencia confundida con el ser mismo, que anima todos los instantes, por fuerza transportándolos (y transportándonos de gracia) a otra categoría, otro existir.

Y él era, por eso, todo delicadeza y alegría de la mente, hasta con esa necesidad de sonrisa y risa constante, que es la legítima función del espíritu cuando supera las anquilosis del cuerpo de la moda, de la escuela, del cenáculo, de la pedantería.

Su tenue chiste sin ponzoña, a un tiempo erudito y candoroso ¿quién podrá olvidarlo? ¡Gracejo del que todo lo sabe y sigue siendo como un niño! Y aquel exquisito pudor, junto al cual parecían groseras y necias todas esas cosas que se llaman "cosas de la vida".

Naturalidad en el talento, en la información, en la profundidad y en la sutileza. Nunca el tono campanudo, ni la palabra chillona por recién aprendida, ni la noticia movilizada a última hora como prenda de nuevo rico. Tersura y señorío

insensible. Cultura sin fardo, estilo sin estilismo, encanto sin exhibición de saltimbanqui, entendimiento universal sin alarde ni manifiestos, aceptación congénita de América sin contorsiones de americanismo; y así en lo demás. Probidad, virtud que se ignora: o que se conoce, más bien, mas sin embriagarse de sí propia.

Enrique Díez-Canedo, que nunca incomodó a nadie con un acto o una palabra; que nunca reclamó lo mucho que todos le debíamos; que ni siquiera dejó ver el hondo duelo por su España; que igualó su vida al diapasón de aquella su vocecita suave, suavemente se nos fué una tarde de junio, sin extremos ni teatralidad, conservando hasta el tránsito aquel arte del trato humano que era el eco de su poesía; como si pidiera perdón por empujar la puerta secreta y cuidara de no despertar un solo chirrido. Era uno de los hombres más sabios y más buenos de nuestra época.

Alfonso Reyes

Díez-Canedo

Veo a Canedo —parece que le estoy viendo— en Madrid. Canedo vive en la calle de la Lealtad, en una casa con ascensor de agua que se eleva trabajosamente. A don Enrique, que acaba de remontar el soleado trayecto urbano que une el Dos de Mayo con el Paseo de las Estatuas, le es grata esa penumbra de escalera matritense que, poco a poco, a medida que el encristalado recinto gana altura, se va haciendo diáfana. Hay en don Enrique un algo como de perpetuo anhelo, como de hombre —y así era— que hubiese alcanzado la cima sin detenerse en el camino. Jadea aún. Y ahora, al entrar en su hogar, el anhelo se acentúa. Sus cuatro hijos, con las cabezas rapadas por haber pasado no sé qué sarampión, le rodean entrañables. La voz de don Enrique se quiebra emocionada. Parece como si una oleada subiera a su garganta. Y don Enrique vacila, se ahoga... de bondad.

Más tarde, Díez-Canedo se trasladó a otra casa por cuyas ventanas se alcanzaba a ver, en primer término, la artificiosa exuberancia del Jardín Botánico y, más allá, el desolado y más verdadero paisaje de Vallecas. Su poema del vivir cotidiano seguirá tejiéndose en las proximidades del Buen Retiro. Don Enrique gusta de asomarse a la cuesta de Espalter. Un momento, el viento ahila sus piernas y hace más rotunda su cintura. Sobre su rostro desdibujado, sobre su frente carnosa, blanda, se dobla el ala de su sombrero de fieltro gris. Un destello ilumina sus ojos vivaces que nos aguardan. Sí, yo he llegado también a don Enrique en ocasión de solemnidad primi-

cial. Su voz, al darme la bienvenida, era más temblorosa que la mía al expresarle mi gratitud. Recuerdo su sonrisa jovial, reflejo de una cualidad humana, afectiva, que no acertaba a demostrarse sino en balbuceo, en tímida congoja, en abrazo un poco temblón.

No, la muerte —dimensión cuarta— no se compadecía, ni se compadeció a lo último, con la humanidad de Canedo. Los dioses de la muerte son agitados y terribles, y Canedo se movió entre deidades sosegadas y familiares. La ternura, la poesía, son bienes demasiado tenues y excelsos para desencadenar la tragedia, falsa siempre, teatral. Y Canedo, como Mesa, fué espectador, espectador de excepción, conmovido, que es tanto como decir testigo frágil de la vida que pasa. Un aire de Soria, o del Paular, un aire agreste de meseta, sopló ahora también; el mismo que barre esta altiplanicie mexicana, escala postrera de tantos españoles en ascensión, remedio y enfermedad de desterrados, consuelo y pasión; valle cerrado y paradójico en el que abunda y desfallece impotente la digital.

¡El corazón...! ¡De qué otro mal, que no fuera ese inapreciable bien, podía haber muerto Canedo? De seguro que todos hemos sentido subir de nuestro corazón a nuestra garganta ese nudo de sangre gorda que nubla en ocasiones graves la voz de los amigos. Hubiéramos querido llegar a tiempo de darle otra vez las gracias: por una palabra, por una sonrisa...

Daniel Tapia

Las Dos Sabidurías

¿Qué nos llamaba la atención en don Enrique Díez-Canedo? Porque su sabiduría de las letras, con frecuencia nos las hacía olvidar —tal era su modestia— la sabiduría de su trato. Y vivió siempre entre estas dos sabidurías. Pero acababa por ser el hombre, y no el escritor, quien ganaba la partida.

Benjamín Jarnés

Enrique Díez-Canedo, *Los Laureles Reales de*
Cuernavaca

INDICE

Enrique Díez-Canedo, <i>Los Laureles Reales de Cuernavaca</i>	5
Arturo Souto, <i>Laureles y posposos, dibujo</i>	7
Mantel Altolaguirre, <i>Homenaje</i>	8
Mex Aab, <i>Nuestro amigo</i>	9
Josép Carrer, <i>Transit d'Enric Díez-Canedo</i>	11
Luis Enrique Delano, <i>Don Enrique Díez-Canedo y los chilenos</i>	12
Juan José Domenchina, <i>In memoriam</i>	14
Francisco Olier de los Ríos, <i>Estás aquí</i>	18
Enrique González Martínez, <i>Enrique Díez-Canedo</i>	20
Benjamín Jarnés, <i>Los dos subidistas*</i>	41
Juan Ramón Jiménez, <i>En la última pared de Enrique Díez-Canedo</i>	22
Leon Felipe, <i>Encuentro</i>	24
Paulino Masip, <i>El soneto de "La Voz"</i>	26
Concha Méndez, <i>Sombras</i>	28
José Moreno Villa, <i>El nombre hecho hombre</i>	29
José Moreno Villa, <i>Enrique Díez-Canedo, retrato al óleo</i>	30
Mariano Picón-Salas, <i>Recuerdo</i>	31
Emilia Prados, <i>Laurel</i>	32
Miguel Prieto, <i>Homenaje a Enrique Díez-Canedo, dibujo</i>	34
Juan Rojas, <i>Canción en tiempo de elegía</i>	35
Alfonso Reyes, <i>Ausencia y presencia del amigo</i>	37
Daniel Tapia, <i>Díez-Canedo</i>	38

Suplemento: *La Luz del Melitádia*, por Enrique
Díez-Canedo

* Por haber pagado a última hora, queda fuera del índice el artículo de Juan Jarnés en este número.

Las Dos Sabidurías

En la ciudad de Madrid, Enrique Díez-Canedo
Porque su sabiduría de las letras, con frecuencia nos las hacía
dividir — así era su modestia — la sabiduría de su trato. Y vi-
vía siempre entre estas dos sabidurías. Pero acababa por ser el
hombre por el escritor, quien ganaba la partida.

Benjamín Jarnés

Enrique Díez-Canedo, <i>Los Laureles Reales de Cuernavaca</i> , con autógrafo.	5
Arturo Souto, <i>Laureles y pájaros</i> , dibujo	7
Manuel Altolaguirre, <i>Homenaje</i>	8
Max Aub, <i>Nuestro amigo</i>	9
Josep Carner, <i>Transit d'Enric Díez-Canedo</i>	11
Luis Enrique Délano, <i>Don Enrique Díez-Canedo y los chilenos</i>	12
Juan José Domenchina, <i>In memoriam</i>	14
Francisco Giner de los Ríos, <i>Estás aquí</i>	18
Enrique González Martínez, <i>Enrique Díez-Canedo</i>	20
Benjamín Jarnés, <i>Las dos sabidurías</i> *	42
Juan Ramón Jiménez, <i>En la última pared de Enrique Díez-Canedo</i>	22
León Felipe, <i>Encuentro</i>	24
Paulino Masip, <i>El soneto de "La Voz"</i>	26
Concha Méndez, <i>Sombras</i>	28
José Moreno Villa, <i>El nombre hecho hombre</i>	29
José Moreno Villa, <i>Enrique Díez-Canedo</i> , retrato al óleo	30
Mariano Picón-Salas, <i>Recuerdo</i>	31
Emilio Prados, <i>Laurel</i>	33
Miguel Prieto, <i>Homenaje a Enrique Díez-Canedo</i> , dibujo	34
Juan Rejano, <i>Canción en tiempo de elegía</i>	35
Alfonso Reyes, <i>Ausencia y presencia del amigo</i>	37
Daniel Tapia, <i>Díez-Canedo</i>	40

Suplemento: *La Luz del Mediodía*, por Enrique Díez-Canedo

* Por haber llegado a última hora, queda fuera del orden alfabético de autores seguido en este número.

(NOTICIA IMPORTANTE:

Litoral recibió un telegrama de Juan Ramón Jiménez, desde Washington, anunciando la página suya que aparece en este número, y en el que decía además, traduciendo del texto inglés: "En agosto enviaré libro *Con la rosa del mundo* alrededor trescientas páginas. Derechos para constituir fondos Premio Enrique Díez-Canedo para jóvenes poetas."

Litoral hace suya con todo entusiasmo tan hermosa idea y oportunamente dará noticia sobre la organización definitiva del "Premio Enrique Díez-Canedo".)

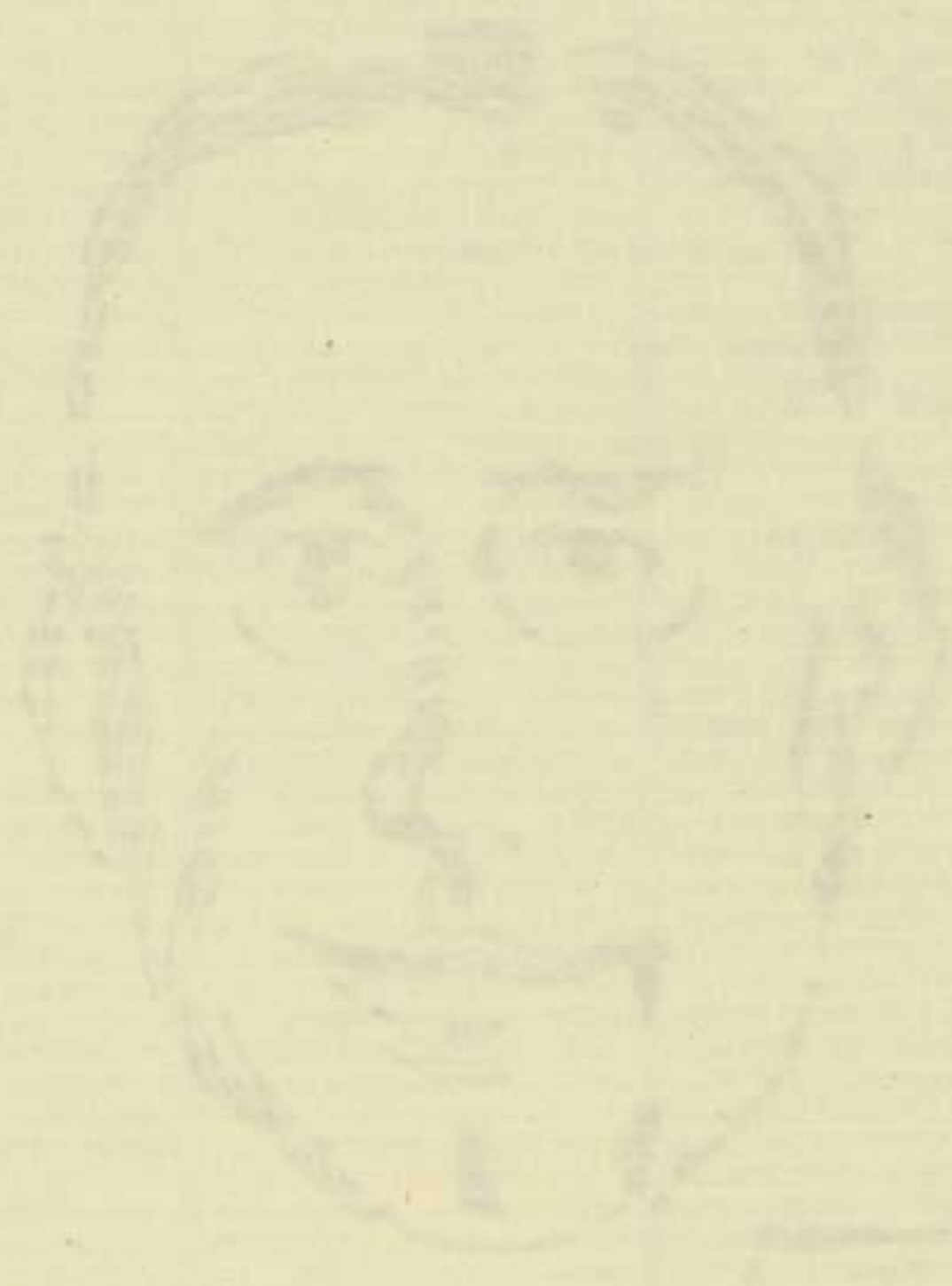
No han llegado a tiempo algunas colaboraciones ofrecidas para este número.

(La viñeta de *Litoral*:

La montaña cuyo pico, coronado de un árbol, se alza por encima de las aguas, es el Ararat de los mexicanos, el pico de Colhuacán... Los hombres nacidos después del diluvio eran mudos: una paloma, posada en el árbol, les reparte las lenguas representadas en forma de pequeñas comas...

Véase HUMBOLDT, *Vues des cordillères, et monumens des peuples indigènes de l'Amérique*, París, F. Schoel, 1810, p. 227.)

Registrado como artículo de segunda clase, en la Administración Central de Correos,
el 14 de julio de 1944.



La luz del mediodía

Málaga tiene una imprenta... Esta es la única imprenta que
ha estado popular en el de una imprenta...
existen los impresos sueltos a los que se les llama
además. Málaga tendrá, por supuesto, una imprenta
pero, entre todas, una imprenta que se llama...
literatura joven, comprendida en el desarrollo...
por los años va dejando de ser...
también, aunque haya sido...
empujando a ser literatura.

De la imprenta que sale una revista...
el nombre que ella se da, según los...

NOTICIA IMPORTANTE:

La editorial recibió una telegrama de Juan Ramón Jiménez desde Washington, anunciándole la página suya que aparece en este número, y en el que dice además, traduciendo del texto inglés: "En estos meses voy a ser la voz del mundo alrededor trescientas páginas. Deseo para aquellos países Premio Enrique Díaz-Caneja con diez mil pesetas."

La editorial hace sus más todo entusiasmo tan hermosa idea y oportunamente daré noticias sobre la organización definitiva del "Premio Enrique Díaz-Caneja".

No han llegado a tiempo algunas colaboraciones ofrecidas para este número.

(La vidua de Lioral)

La montaña cuyo pico, coronado de un ábrol, se alza por encima de las aguas, es el Ararat de los mexicanos, el pico de Colhuacán. Los nombres nacidos después del diluvio eran ruidos: una palabra, pasada en el ábrol, les repartió las lenguas representadas en forma de pequeñas cornas.

Vieux Mexicain, Vues des cordillères, es monuments des peuples subjugués de l'Amérique, Paris, P. Schoel, 1810, p. 227.)

Impreso en el número de segunda clase, en la Administración Central de Correos, el 14 de julio de 1944.

DIEZ-CANEDO Y EL PRIMER LITORAL



La luz del mediodía

Málaga tiene una imprenta... Este no es el principio de un cantar popular ni el de una disertación erudita que registre los impresos salidos a luz en la hermosa ciudad andaluza. Málaga tendrá, por supuesto, varias imprentas; pero, entre todas, una: la Imprenta Sur, la imprenta de la literatura joven, comprendida en la denominación la que por los años va dejando de ser joven y la que, por los años también, aunque haya edad mínima para el ingreso, está empezando a ser literatura.

De la Imprenta Sur sale una revista; mejor, aceptando el nombre que ella se da, salen unos cuadernos, porque

aún no entra en esa publicación la reseña más o menos de actualidades que forma propiamente una revista. Los colaboradores llevan a sus páginas tan sólo obra personal: verso, prosa, dibujo, música. “Litoral” es el título que se destaca en el azul intenso de la cubierta plegada, que protege otra blanca cubierta interior.*

Atractiva en su aspecto tipográfico, tiene sus precedentes, evidentísimos, en ciertas publicaciones de “La Sirene” parisiense. Algo también recuerda el estilo que lució en Madrid con la imprenta Maroto. Lo menos feliz me parece el ajuste, que achica voluntariamente los márgenes. Pero la clase y calidad del papel, las tintas, la tirada, revelan gusto cierto y manos cuidadosas.

Dos números van publicados de “Litoral”. En los sumarios encuéntrase ya, con algunas excepciones muy visibles, lo más florido de las cosechas nuevas. Federico García Lorca y Rafael Alberti, poetas meridionales —la serranía y el mar—, codéanse con Jorge Guillén y Gerardo Diego, como si dijéramos con la meseta y el septentrión hispanos. La juventud ya cana y pensativa de Moreno Villa y la juventud todavía colorada y bulliciosa de Gómez de la Serna asumen cierto aire presidencial. Los prosistas Benjamín Jarnés —prosista nato—, José Bergamín y Antonio Marichalar —ambos aquí a medio camino entre la poesía y la prosa— vienen a dar, con los poetas citados en primer término, la falange curtida, junto a la cual se agrupan bisoños los que, en resumidas cuentas, han de dar el tono a “Litoral”, han de salir de “Litoral”: Emilio Prados, Manuel Altolaguirre, José María Hinojosa, Luis Cernuda, José María Quiroga Plá. Si nombramos a Gustavo Durán, que prende en sus notas una letra de Lope,

* *Litoral*. Cuadernos mensuales publicados bajo la dirección de Emilio Prados y Manuel Altolaguirre. Málaga, 2,25 el número.

y a los dibujantes Benjamín Palencia, Manuel Angeles Ortiz, Francisco G. Cossío, José M. Uzelai y al propio Moreno Villa, cuyos emblemas del número segundo tienen gemelos letra y dibujo, habremos dado la lista completa, hasta hoy, de los colaboradores de "Litoral".

Pero no sólo sus cuadernos son los que definen la actividad del grupo malagueño. Con los dos números tenemos ya un "saludo" en las "Canciones del farero", rimadas por Emilio Prados (a quien abona un primer libro de poemas, "Tiempo", acabado de imprimir el último día de 1925), y cuyo "saludo", breve ramillete de canciones sin más consistencia que la espuma del mar:

"VI

Mi pipa teje sus mapas.
(El mar como una naranja.)

El pez se enreda en el ancla,
(El mar como una naranja.)

¡Barco perdido en la noche!

(Las pestañas de mi torre
llegan hasta el horizonte.)",

ostenta ya en su pie la palabra "Litoral"; y con el "saludo", un suplemento, el segundo (pues el primero anunciado —Federico García Lorca, "Canciones"—, no está impreso aún); este suplemento nos regala con un nuevo libro de Rafael Alberti (que antes, en "Marinero en tierra", dió uno de los libros fundamentales de la joven poesía española).

En "La amante" hallamos un itinerario espiritual, en

que la indicación geográfica se alía con el estado de espíritu, sin traducirse del todo en estampa:

“10

Roa de Duero.

Otra vez el río, amante,
y otra puente sobre el río.

Y otra puente con dos ojos
tan grandes como los míos.

Tan grandes como los míos,
mi amante.
¡Mis ojos cuando te miro!”

Esperemos los ulteriores cuadernos, los suplementos anunciados, como el mejor exponente —es decir, uno de los mejores— de la literatura nueva, como el plantel de más felices augurios.

E. D.-C.

LITORAL

mes de agosto, 1944

De *El Sol*, de Madrid, 11 marzo 1927.
Retrato a pluma por J. Moreno Villa. 1924

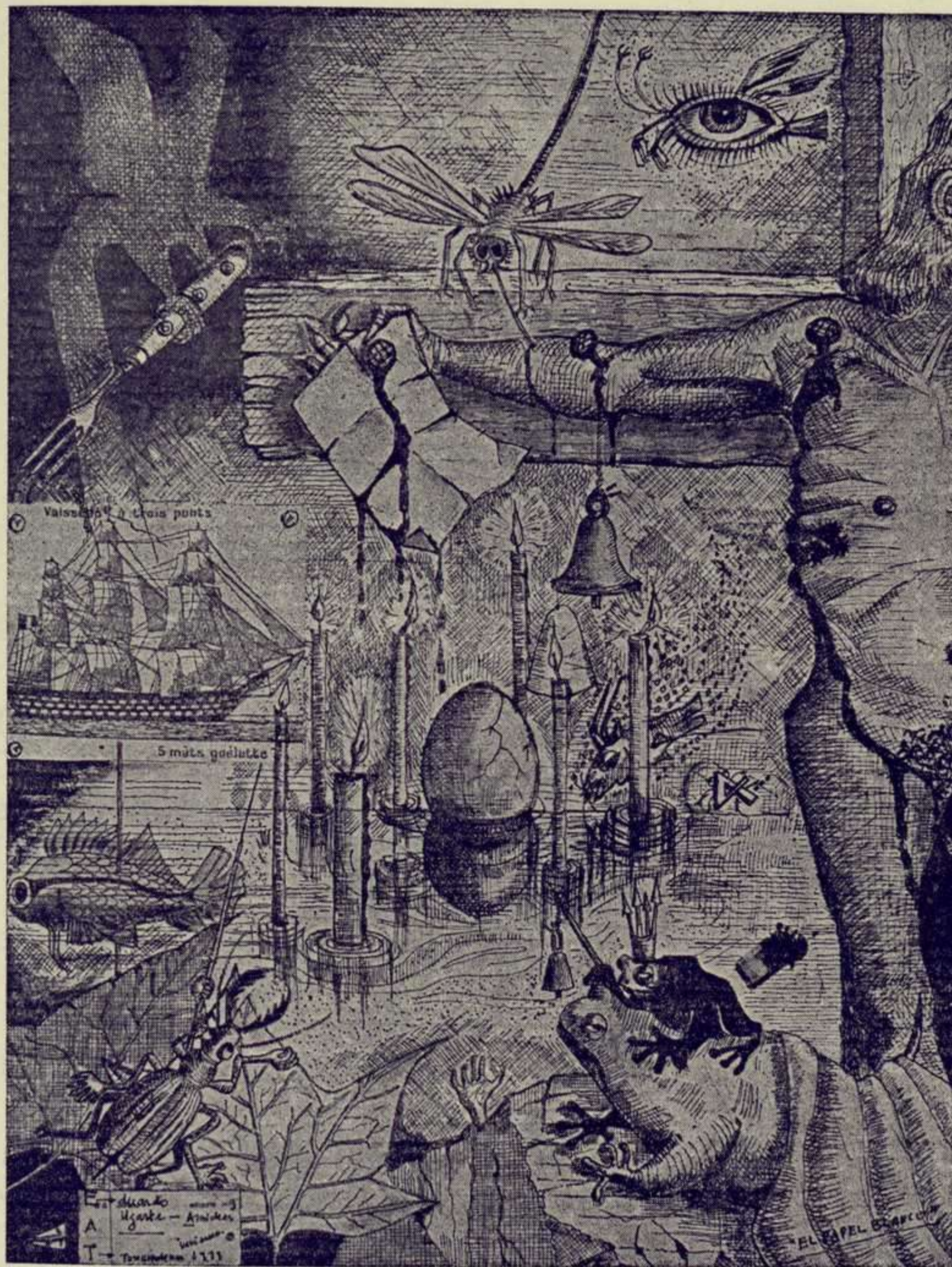
El Alegre

(Rafael Alberti)

Cuando decía sus cancioncillas poniéndose la mano ante la boca como una bocina para pregonarlas, todo se llenaba de alegría, de la alegría del pregón matutino: una alegría frutal, verde y fresca; alegría de mercado, de feria y banderola; la alegría del cielo radiante en el que se dispara un clarín falso; la alegría de su risa, juvenil y humana, derramándose claramente de todo y llenándolo todo, en su locura, como si se hubiese roto su cañería conductora y no tuviésemos a mano ninguna consigna mágica para evitarlo.

JOSE BERGAMIN

Eduardo Ugarte Arniches



Eduardo Ugarte y Arniches, nacido en Madrid, hijo de Eduardo Ugarte, que dirigiera con Federico García Lorca "La Barraca", es un importante arquitecto en Méjico, a donde llegó casi con cinco años de edad, al concluir nuestra guerra civil.

Siguió los pasos de ese extraordinario arquitecto español que fue Carlos Arniches Moltó, hijo del genial autor teatral y hermano de su madre.

Eduardo Ugarte es también un espléndido dibujante.

El cierra en el espacio que otras veces ocupaba mi Punto Final, este tercer número, último de los que editaron en Méjico los fundadores de "Litoral" en 1944 y que completa con los editados en 1926 la historia de esta revista que nosotros resucitamos en 1968.

J. M. A.

Suplemento
de «Litoral», dedicado al poeta
Rafael Alberti,
nacido en la bahía gaditana
del Puerto de Santa María,
al cumplir sus 70 años
en Roma,
el 16 de diciembre
de 1972



Lo encis de ...



Lo envía expresamente para este número Rafael Alberti.



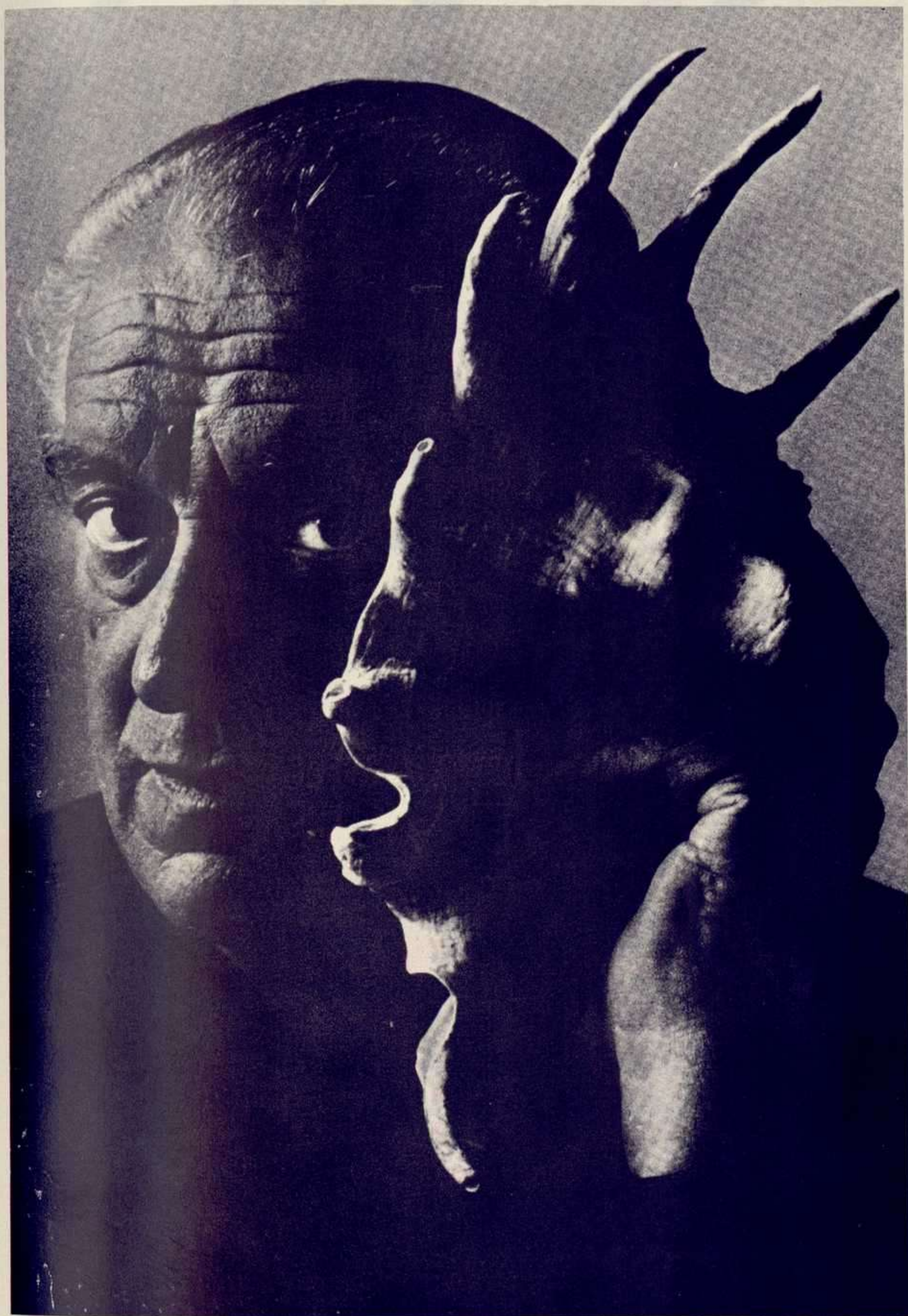
El Alegre

(Rafael Alberti)

Cuando decía sus cancioncillas poniéndose la boca como una bocina para pregonarlas, todo se llenaba de alegría, de la alegría del pregón matutino; una alegría frutal, verde y fresca; alegría del mercado, de feria y banderola; la alegría del cielo radiante en el que se dispara un clarín falso; la alegría de su risa, juvenil y humana, derramándose claramente de todo y llenándolo todo, en su locura, como si se hubiese roto su cañería conductora y no tuviésemos a mano ninguna consigna mágica para evitarlo.

JOSE BERGAMIN

La única reproducción autorizada para esta edición es la de Rafael Alberti.







GALLERIA RONDANINI

INAUGURAZIONE E PRESENTAZIONE DI

"LA PAROLA E IL SEGNO"

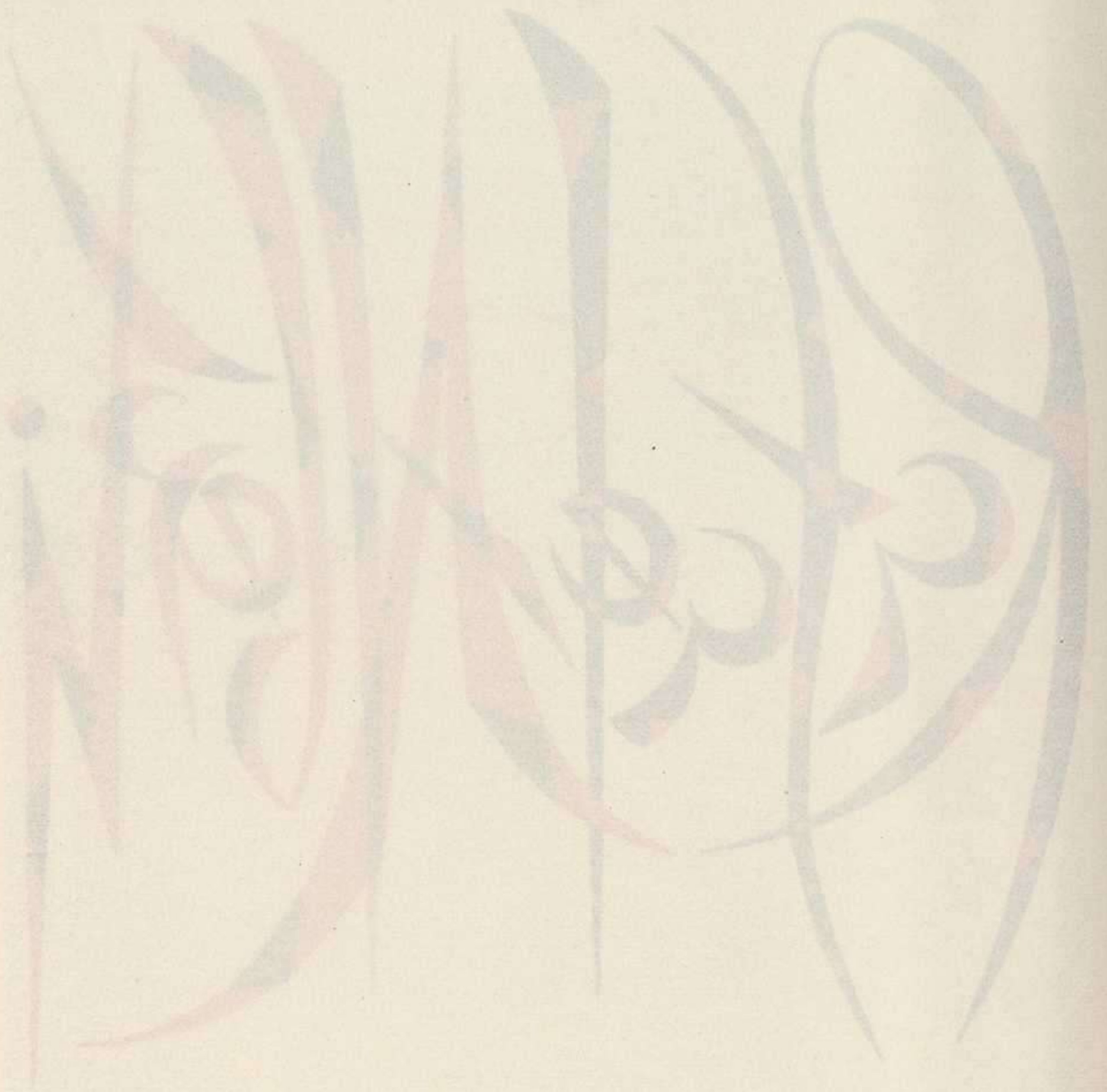
ANTOLOGIA DI OPERE LIRICO-GRAFICHE DI

RAFAEL ALBERTI

NEL SUO SETTANTESIMO COMPLEANNO

12 DICEMBRE 1972 - 5 GENNAIO 1973

PIAZZA RONDANINI, 48 - ROMA



MINISTERIO DE CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA Y PATRIMONIO
COMISIÓN NACIONAL PARA EL
MANEJO INTEGRAL DEL PATRIMONIO
CULTURAL
RAFAEL ALBERTO
SECRETARÍA DE CULTURA Y PATRIMONIO
COMISIÓN NACIONAL PARA EL
MANEJO INTEGRAL DEL PATRIMONIO
CULTURAL



La ragazza dormendo alla finestra
sogna il suo cane uscito a fare festa.

Lui incontra una cagnetta e ha questa ispirazione:
insieme i panni stesi guardare sul balcone.



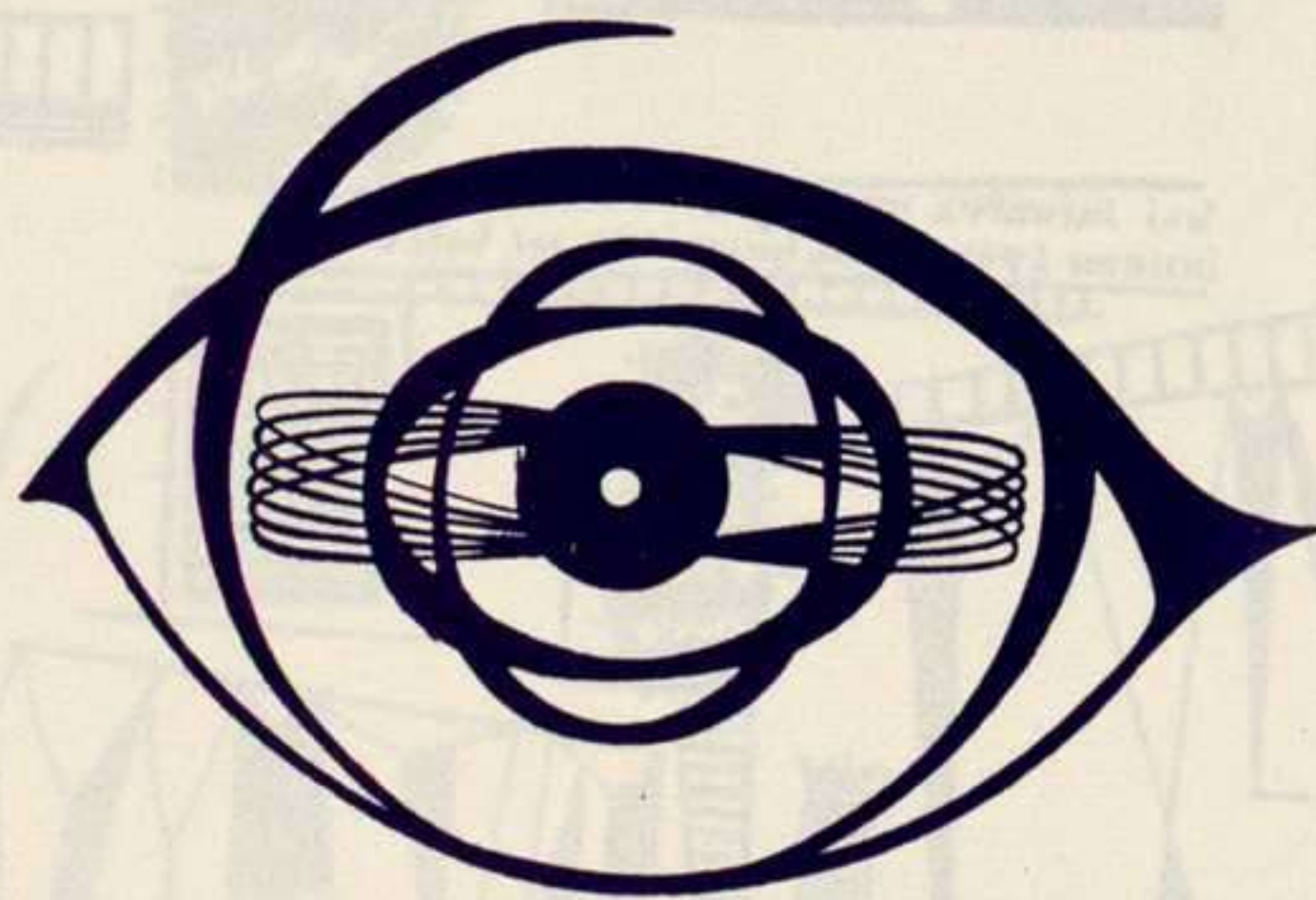
La ragazza al mattino si risveglia
e il cane è già alla porta che l'aspetta.

p.c.

R. Montenegro

COMUNE DI REGGIO EMILIA
con il patrocinio della Regione Emilia-Romagna

Manifestazioni in onore di Rafael Alberti
cittadino onorario di Reggio Emilia



Reggio Emilia 20 - 21 dicembre 1972

MIÉRCOLES 20 DE DICIEMBRE

- h. 16,45 - (Plaza Prampolini): Homenaje de la ciudad al poeta.
- h. 17,00 - (Sala del Tricolore): Encuentro de Rafael Alberti con representantes de la prensa y de la cultura.
- h. 21,00 - (Teatro Capitol - Via Zandonai): Vespertina cinematográfica en homenaje a Rafael Alberti - proyecciones, lecturas y conversaciones.

JUEVES 21 DE DICIEMBRE

- h. 9,00 - (Teatro Ariosto): Encuentro de Alberti con los jóvenes - Presentación de un volumen de poesías inéditas destinado a la escuela.
- h. 18,00 - (Ridotto del Teatro Municipal): Inauguración de la exposición "El lirismo del alfabeto" de Rafael Alberti y de la exposición histórica de su obra gráfica y poética.
- h. 21,00 - (Teatro Municipal): Manifestación en honor al poeta:
 - Saludo del Alcalde.
 - Interventos sobre "Alberti en el empeño cultural y civil en el mundo contemporáneo".
 - Homenaje a María Teresa León Alberti.
 - Recital con la participación de artistas españoles e italianos.

(Palabras de agradecimiento pronunciadas en el banquete ofrecido a Rafael Alberti por sus amigos en la "trattoria" romana "La antica Pesa" el sábado 16 de diciembre de 1972.)

Amigos míos:

Apareció un siete, una cifra que desde los 7 años, en que figura sola, no ha tomado la delantera a ningún otro número hasta hoy. Y aquí está: un 7 con un CERO mondo a su derecha. ¿Me preocupa? No mucho. Cuando cumplí los sesenta pensé que era una catástrofe. Setenta hoy, no. Como no lo será llegar a ochenta y, menos, a noventa y más, como Picasso.

Por primera vez un poeta lírico-gráfico-italo-chino-arábigo-andaluz ya en sus setenta años, va a daros las gracias, va a saludaros. ¿Diré que conmovido? Es poco. Casi con las lágrimas en los ojos, pero también con la alegría en el corazón, la claridad y el entusiasmo que le vienen de aquella su bahía gaditana, llena de sales, vinos y espumas.

Os saludo a todos, queridos amigos míos; me conmueve veros aquí a mi lado, acompañándome en estas horas en que se abre como un nuevo pórtico de mi vida. Os saludo y doy las gracias a todos, italianos, españoles y de otros países aquí presente. Italianos, que nos habeis dado a María Teresa y a mí tan leal compañía, tan viva amistad. Saludo aquí a mis compañeros políticos, a mi maravilloso equipo de traductores: Vittorio Bodini, Eugenio Luraghi, Elena Clementelli, Marcella Eusebi Ciceri. Ignazio Delogu. Gracias a vosotros, nuestros nombres son más hermanos de vuestro pueblo, de vuestros escritores y artistas... Saludo a los amigos españoles, a aquellos que han podido venir y, de modo muy especial, a aquellos otros que contra su voluntad no han podido estar aquí presentes. Os saludo y doy las gracias por los maravillosos regalos que me habeis traído: pinturas, esculturas, grabados, poemas, sin olvidar los vinos animadores, los turrónes y mazapanes y hasta los jamones y sobreasadas. Ellos nos alegrarán, nos consolarán y llenarán los ojos y el paladar del temblor de España.

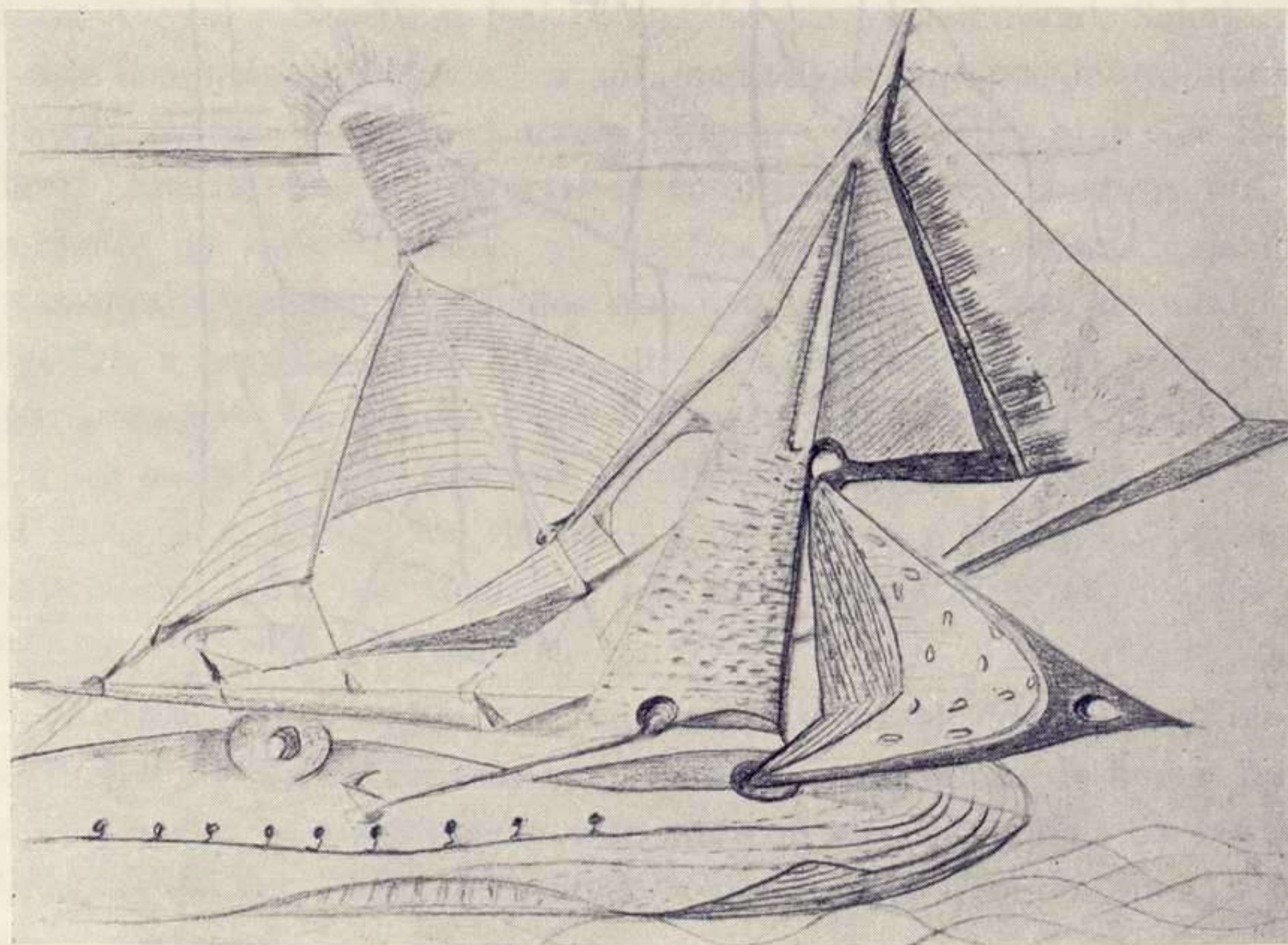
Y ahora también queremos saludar al señor alcalde de Anticoli Corrado que nos ha distinguido nombrándonos ciudadanos de honor, pueblo al que yo quiero corresponder este año con mi nuevo libro de canciones dedicado al Alto Valle del Aniene. Nuevamente, queridos amigos míos, muchas gracias.

Picasso



Picasso

Alberto



Carta abierta a Rafael Alberti

Querido Rafael:

Recibí la invitación de Galería Rondanini para tu exposición de Roma. Recibí la invitación del Sindaco de Reggio Emilia para los actos de tu homenaje. He sabido de tu apoteosis italiana, de todas tus emociones triunfales. ¡Cuánto me alegro!

También supe de la presencia de más de dos mil personas el día de tu inauguración. Entre ellos Amintore Fanfani, hoy Presidente del Senado en Italia y Joan Miró.

Fueron muchos los españoles que llegaron a Roma para acompañarte.

El marco del palacio Rondanini, donde tuvo lugar tu exposición, ya es importante de por sí —como dijo el crítico de arte Morosini—, para recoger esa faceta tuya de pintor-poeta.

Luego la cena en la trattoria romana "La Antica Pesa", donde leíste las palabras que transcribo en otro espacio de este número y representastes tu poema escénico "El sexagenario" con las tres barbas y que esta vez fue, con algunas variantes, "El septuagenario".

Todas aquellas horas, los cientos de telegramas que te llegaban de parte a parte del mundo habrán sido una gran compensación para tus largos años de exilio.

Españoles como tú, como Picasso, como Falla, como Casals, como Bergamín, como Juan Ramón, rebasan todas las fronteras.

Yo no pude ir.

Por aquellos días fue mi primera declaración en el juzgado de Prensa, antes de pasar al Tribunal de Orden Público, sobre el secuestro del núm. 31-32 de "Litoral".

Pero "Litoral" no podía estar ausente en esta hora feliz de tu vida.

Hemos confeccionado este suplemento en que recogemos con tu precioso cartel los actos de Reggio Emilia y esa selección de poemas, algunos fragmentariamente reproducidos, de tu largo caminar sobre la geografía del universo.

Va incluido también el cartel de los pájaros, que quizá hubieras dibujado con menos colores de haber sabido que lo íbamos a reproducir.

A mí me parece una maravilla.

Cierro este pequeño homenaje con esos versos a "Los pájaros de Roma", escritos en una de tantas noches de insomnio, esta vez, a vueltas con tu recuerdo.

También he incluido ese gracioso homenaje de Manolo Gargayo desde el "Café de Chinitas".

Espero que llegará un día de tu cumpleaños en que brindemos los dos con vino del Puerto, frente a la bahía gaditana, con todo este mar, por fin, en el fondo de tus ojos.

Este suplemento —tus versos tantas veces en facsímil, tus dibujos— es una prueba de tu cariño y nuestro cariño. Con él te envió hoy hasta Roma un abrazo emocionado.

José María Pereda

Rafael Alberti

**ENTRAÑA DE ESTOS CANTARES;
SANGRE DE MI CORAZON,
TARUMBA POR VER LOS MARES!**

GEOGRAFIA FISICA

Nadie sabe Geografía
mejor que la hermana mía.

—La anguila azul del canal
enlaza las dos bahías.

—Dime, ¿dónde está el volcán
de la frente pensativa?

—Al pie de la mar morena,
solo, en un banco de arena.

(Partiendo el agua, un bajel
sale del fondeadero.

Camino del astillero,
va cantando el timonel.)

—Timonel, hay un escollo
a la salida del puerto.

—Tus ojos, faros del aire,
niña, me lo han descubierto.
¡Adiós, mi dulce vigía!

Nadie sabe Geografía
mejor que la hermana mía.

SUEÑO DEL MARINERO

Yo, marinero, en la ribera mía,
posada sobre un cano y dulce río
que da su brazo a un mar de Andalucía
sueño en ser almirante de navío,
para partir el lomo de los mares
al sol ardiente y a la luna fría.

¡Oh los yelos del sur! ¡Oh las polares
islas del Norte! ¡Blanca primavera,
desnuda y yerta sobre los glaciares,

cuerpo de roca y alma de vidriera!
¡Oh estío tropical, rojo, abrasado,
bajo el plumero azul de la palmera!

va sobre su bajel, firme, seguro,
Mi sueño, por el mar condecorado,
de una verde sirena enamorado,

concha del agua allá en su seno oscuro.

¡Arrójame a las ondas, marinero:

—Sirenita del mar, yo te conjuro!

Sal de tu gruta, que adorarte quiero,
sal de tu gruta, virgen sembradora,
a sembrarme en el pecho tu lucero.

Ya está flotando el cuerpo de la aurora
en la bandeja azul del océano
y la cara del cielo se colora

de carmín. Deja el vidrio de tu mano
disuelto en la alba urna de mi frente,
alga de nácar, cantadora en vano.

bajo el vergel añil de la corriente.

!Gélidos desposorios submarinos
con el ángel barquero del relente

y la luna del agua por padrinos!

El mar, la tierra, el aire, mi sirena,
surcaré atado a los cabellos finos

y verdes de tu álgida melena.

Mis gallardetes blancos enarbola,

¡oh marinero!, ante la aurora llena

¡y rueda por el mar tu caracola!

A ROSA DE ALBERTI,
QUE TOCABA PENSATIVA EL ARPA
(SIGLO XIX)

ROSA DE ALBERTI allá en el rodapié
del mirador del cielo se entreabría,
pulsadora del aire y prima mía,
al cuello un lazo blanco de moaré.

El barandal del arpa, desde el pie
hasta el bucle en la nieve, la cubría.
Enredando sus cuerdas, verdecía
—alga en hilos— la mano que se fue.

Llena de suavidades y carmines,
fanal de ensueño vaga y voladora,
voló hacia los más altos miradores.

¡Miradla querubín de querubines,
del vergel de los aires pulsadora,
Pensativa de Alberti entre las flores!

CATALINA DE ALBERTI,
ITALO-ANDALUZA

(SIGLO XIX)

Llevaba un seno al aire, y en las manos
—nieve roja— una crespa clavellina.
Era honor de la estirpe gongorina
y gloria de los mares albertinos.

Brotó como clavel allá en los llanos
de Córdoba la fértil y la alpina,
y rodó como estrella y trasmarina
perla azul por los mares sicilianos.

Nunca la vi pero la siento ahora
clavel de espuma y nácar de los mares
y arena de los puertos submarinos.

Vive en el mar la que mi vida honra,
la que fue flor y norte de mis lares
y honor de los claveles gongorinos.

EL HERIDO

Dame tu pañuelo hermana,
que vengo muy mal herido.

—Dime qué pañuelo quieres:
si el rosa o color de olivo.

—Quiero un pañuelo bordado,
que tenga en sus cuatro picos
tu corazón dibujado.

ELEGIA

La niña rosa, sentada.
Sobre su falda,
como una flor,
abierto, un atlas.

¡Cómo la miraba yo
viajar, desde mi balcón!

Su dedo, blanco velero,
desde las islas Canarias
iba a morir al mar Negro.

¡Cómo lo miraba yo
morir, desde mi balcón!

La niña, rosa sentada.
Sobre su falda,
como una flor,
cerrado, un atlas.

Por el mar de la tarde
van las nubes llorando
rojas islas de sangre.

SALINERO

(1934)

Y ya estarán los esteros
rezumando azul de mar.

¡Dejadme ser, salineros,
granito del salinar!

¡Qué bien, a la madrugada,
correr en las vagonetas,
llenas de nieve salada,
hacia las blancas casetas!

Dejo de ser marinero,
madre, por ser salinero.

CON EL

(1924)

Zarparé, al alba, del Puerto,
hacia Palos de Moguer,
sobre una barca sin remos.

De noche, solo, ¡a la mar,
y con el viento y contigo!
Con tu barba negra tú,
yo barbilampiño.

A TAGORE

¡Dejadme pintar de azul
el mar de todos los atlas!
Mientras, salúdame tú,
cantando al alba del agua,
pájaro en una palmera
que mire al mar de Bengala.

¡Qué altos
los balcones de mi casa!
Pero no se ve la mar.

¡Qué bajos!

Sube, sube, balcón mío,
trepa el aire, sin parar:
sé terraza de la mar,
sé torreón de navío.

—¿De quién será la bandera
de esa torre de vigía?

—¡Marineros, es la mía!

SIEMPRE QUE SUEÑO las playas,
las sueño solas, mi vida.
...Acaso algún marinero...
quizás alguna velilla
de algún remoto velero...

Si Garcilaso volviera
yo sería su escudero;
que buen caballero era.

Mi traje de marinero
ante el brillar de su acero;
se trocaría en guerrera
que buen caballero era.

¡Qué dulce oírle, guerrero,
al borde de su estribera!
En la mano, mi sombrero;
que buen caballero era.

¡Jee, compañero, jee, jee!
¡Un toro azul por el agua!
¡Ya apenas si se le ve!

—¿Queeé?

—¡Un toro por el mar, jee!

.....
Si yo nací campesino,
si yo nací marinero,
¿por qué me tenéis aquí,
si este aquí yo no lo quiero?

El mejor día, ciudad,
a quien jamás he querido,
el mejor día —¡silencio!—
habré desaparecido.

ROA DE DUERO

Otra vez el río, amante
y otra puente sobre el río.

Y otra puente con dos ojos
tan grandes como los míos.

Tan grandes como los míos,
mi amante.

¡Mis ojos, cuando te miro!

DE CANICOSA DE LA SIERRA
A SANTO DOMINGO DE SILOS

No quiero pasar de noche,
sin luna, el desfiladero.

No quiero.

Que no lo quiero pasar,
porque no veo lo hondo,
lo hondo que va el pinar.

¡A las altas torres altas
de Medina de Pomar!
¡Al aire azul de la almena,
a ver si ya se ve el mar!
¡A las torres, mi morena!

VUELTA

DUERME,
Que en el mar, huerto perdido,
va y viene, amante tu peine,
por los cabellos, mi vida,
de una sirenita verde.

De una verde sirenita,
que se los peina a la orilla,
mientras la orilla va y viene.

Duerme, mi amante,
porque va y viene.

—Un portal.
—No lo tenemos.
—Por una noche.
—¿Quién eres?
—La Virgen
—¿La Virgen tú,
tan cubiertita de nieve?
—Sí.

* * *

La mejor casa, Señora,
la mejor,
si sois la madre de Dios.
Que tenga la mejor cama,
Señora,
la Mejor,
si sois la Madre de Dios.

* * *

¡Abran los portales abran!
Pronto,
por favor,
que está la Madre de Dios!
—¡Sin dinero, Buen Amor!
¡Y tu padre carpintero!
¿Cómo vivir sin dinero?

—Vendedor,
que se muere mi alba en flor!

¡Sin pañales mi lucero!
¡Y sin manta abrigadora,
temblando tú, Buen Amor!
¡Vendedora,
que se muere mi alba en flor!

EL PLATERO

—A la Virgen, un collar,
y al Niño Dios un anillo.

—Platerillo,
no te los podré pagar.

—Si yo no quiero dinero!

—¿Y entonces qué? dí.

—Besar
al niño es lo que yo quiero.

—Besa, sí.

Carcelera, toma la llave,
que salga el preso a la calle.

Que vean sus ojos los campos
y, tras los campos, los mares,
el sol, la luna y el aire.

Que vean a su dulce amiga,
delgada y descolorida,
sin voz, de tanto llamarle.

Que salga el preso a la calle.

RUTAS

Por allí por allá,
a Castilla se va.
por allá, por allí,
a mi verde país.

Quiero ir por allí,
quiero ir por allá.
A la mar, por allí,
a mi hogar, por allá.

SUPLICA

(Ya sube las escaleras,
de verde, la primavera.)

—¡Niñas, abrid las ventanas!
Decidle a la carcelera...

(Ya van aplaudiendo el aire
las palomas mañaneras.)

—¡Palomas de pico blanco,
decidle a la carcelera!...

(La sombra del calabozo
no siente el azul de afuera.)

—¡Arcángeles de las torres,
decidle a la carcelera!...

(La ventana de la cárcel
es ventanica de hierro,
por donde no pasa el aire.)

.....

Un extranjero
me quiere a mí.
Yo no le quiero.

Yo no, porque considero
que no le voy a entender
cuando me diga: ¡Te quiero!
Y a mi me gusta saber
cuándo me dicen: ¡Te quiero!
¡Di tú que sí!

1

MUERTE

...Y el ciervo, arrodillado,
gimiendo: ¡Vida!
La cierva, por el vado,
llorando: ¡Hija!
La cervatilla, niño,
muerta, en la orilla.

2

LLANTO DEL CIERVO MAL HERIDO

¡Para nada, para nada
me sirven ya mis alfanjes,
mis picas y mis espadas!

¡Ay mis espadas floridas
de anémonas coloradas!

¡Ay mis alfanjes guerreros,
tintos en moras moradas!

¡Picas mías, coronadas
de limonares luneros!

3

LA CIERVA AGONIZANDO

Sí, monteros... para nada...
me sirven ya... sus alfanjes...
sus picas... y sus espadas...

TELEGRAMA

I

MURTI

... Y el cráneo, anodado
rimiendo: ¡Vida!
La cinta, por el lado
horando: ¡Hija!
La corvalla, año
muerta en la orilla

Nueva York.

Un triángulo escaleno
asesina a un cobrador.

El cobrador, de hojalata.
Y el triángulo, de prisa,
otra vez a su pizarra.

Nick Carter no entiende nada.
¡Oh!

Nueva York.

2

LA CIERTA AGONIZANDO

Si monteros, para nada
me sirven ya, sus alfileres
sus pines, y sus espadas

EL TRANQUILO

Caras de neblina y humo,
en los charcos y cristales.

A mi alcoba sube un árbol,
de la calle.

Dos árboles.

Tres árboles.

Ciento veinticuatro árboles.

Un Don Paquito de palo,
tres serenos y un alcalde.

Ciento veinticuatro alcaldes.

Sangre y tiros.

Sangre

Tú, en mi cama,
sin tenerle miedo a nadie.

EL ANGEL DESENGAÑADO

Quemando los fríos,
tu voz prendió en mí:
ven a mi país.

Te esperan ciudades,
sin vivos ni muertos,
para coronarte.

—Me duermo.
No me espera nadie.

NOTICIARIO DE UN COLEGIAL
MELANCOLICO

NOMINATIVO: la nieve.
GENITIVO: de la nieve.
DATIVO: a o para la nieve.
ACUSATIVO: a la nieve
VOCATIVO: ¡oh la nieve!
ABLATIVO: con la nieve
de la nieve
en la nieve
por la nieve
sin la nieve
sobre la nieve
tras la nieve

La luna tras la nieve

Y estos pronombres personales extraviados por el río
y esta conjugación trístísima perdida entre los árboles

BUSTER KEATON

NOTICARIO DE UN COLEGIAL
MELANCOLICO

En la Habana la sombra
de las palmeras
me abrieron abanicos
y revolveras.
Una mulata,
dos pitones en punta
bajo la bata.

La rumba mueve cuernos,
pases mortales,
ojos de vaca y ronda
de sementales.
Las habaneras,
sin saberlo, se mueven
por gaoneras.

Los indios mexicanos
en El Toreo,
de los ¡olés! se tiran
al tiroteo.
¡Vivan las balas,
los toros por las buenas
y por las malas!

GEOGRAFIA POLITICA

A José Herrera Petere

Aún verdes, imagino que algún día
de algún año pasado, un curso ido,
sobre un mapa en el tiempo desvaído
estudiábamos juntos geografía.

¡Los montes de Toledo,
los Ojos con que sueña el Guadiana,
los sauces que abren paso,
velando el frío, desvelando el miedo,
conduciendo y doblando la desgana
al río que se lleva a Garcilaso!

En frustrado amarillo y viejo rosa,
verde sin eco, azul sin ilusiones,
el tiempo nos despinta las regiones
y la provincia llana o montañosa.
El golfo y la bahía,
el Cabo, el mar la isla se desvaen
y en nuestro olvido, transformados, caen
con aquella celeste Geografía.
Pálida Geografía que hoja a hoja
se iba volviendo, sin saberlo, roja...

CASI SON

...negro tienen muerto.

LOPE DE VEGA

Negro, da la mano al blanco.
Blanco, da la mano al negro.
Mano a mano,
que Cuba no es del cubano,
que es del norteamericano.

¿Ves, ves, ves?
El negro va a cuatro pies,
el negro baila la rumba,
y aunque se vuelva tarumba
del derecho o del revés,
¿ves?,
el negro va a cuatro pies.

Mano a mano,
que Cuba no es del cubano.
Digo, dice, dice, digo...
digo que el cañaveral
sabe muy bien que el Central
muele con viento enemigo.
Te lo dice un negro amigo.
Blanco, ¿tú no ves
que el blanco va a cuatro pies?
¡Tú, tan listo, y no lo ves!

Los yankis vienen volando,
urracas azucareras,
urracas que urraqueando
hasta nos están llevando
el aire de las palmeras.

Negro, da la mano al blanco,
dala ya,
dásela ya.

Blanco, da la mano al negro,
dala ya,
dásela ya.

Y al yanki que viene y va,
negro, dale ya,
blanco, dale ya,
negro y blanco, dadle ya.

Mano a mano,
contra el norteamericano.

Negro, mano a mano,
blanco, mano a mano,
negro y blanco, mano a mano,
mano a mano,
mano a mano.

(Por el mar Caribe me bajaba el cielo la voz firme y pura de Juan Marinello, la desconocida de Pedroso y el recuerdo mojado de José Manuel. Diez era de mayo cuando el "Siboney" zarpó de la palma cubana al magüey que el mar mexicano citó a recibirme, las dagas abiertas, gentil, para herirme.)

EL INDIO

Todavía más fino, aún más fino, más fino,
casi desvaneciéndose de pura transparencia,
de pura delgadez como el aire del Valle.

Es como el aire.

De pronto, suena a hojas,
suena a seco silencio, a terrible protesta de árboles,
de ramas que prevén los aguaceros.

Es como los aguaceros.

Se apaga como ojo de lagarto que sueña,
garra dulce de tigre que se volviera hoja,
lumbre débil de fósforo al abrirse una puerta.

Es como lumbre.

Lava antigua volcánica rodando,
color de hoyo con ramas que se queman,
tierra impasible al temblor de la tierra.

Es como tierra.

Y este tiempo sin ventura
 todas te deben llevar
 la palabra de alegría
 para en ti nunca durar

Cantico de Juan del Encina
 la muerte de Isabel la Católica

COMO se huela a un incienso
 su color, su refulgencia
 así a la reina de España
 se le huela la eternidad

Te oigo mugir en medio de la noche
 por encima del mar, también bramando.
 Y salgo a oírte, sin dominio, a tientas,
 a ver entre la helada y el sonoro
 crecimiento tranquilo de los pastos
 como va descendiendo hasta mi inmóvil
 desolación ese desierto tuyo,
 ese arenal de muertos
 que sopla de tu voz sobre las sombras.

La mar se queja de ventura
 vivir sólo es navegar
 La reina Isabel de España
 está pasando la mar
 Tras España sin ventura
 todas te deben llevar
 la palabra de alegría
 para en ti nunca durar

SIGLO XV

*Triste España sin ventura,
todos te deben llorar,
despoblada de alegría
para en ti nunca tornar.*

(Cántico de Juan del Encina a
la muerte de Isabel la Católica)

COMO se hiela a un lucero
su color, su relumbrar,
así a la reina de España
se le heló la claridad.

*Triste España sin ventura,
todos te deben llorar.*

No hay media luna en Granada.

Llorando, Israel se va.

Muere la reina de España
cuando empieza a clarear.

*Triste España sin ventura,
todos te deben llorar.*

La mar se puebla de gente.

Vivir sólo es navegar.

La reina Isabel de España
está pasando la mar.

*Triste España sin ventura,
todos te deben llorar,
despoblada de alegría
para en ti nunca tornar.*

REINVENTANDO LOS RÍOS
Para ti, niña Aitana,
recontando los ríos
este ramo de agua
De agua dulce salada
que no de agua salada
Agua de azúcar, ramo
ramo, que no azúcar, me
Reinventando los ríos
Para ti, niña Aitana,
recontando los ríos
este ramo de agua
De agua dulce salada
que no de agua salada
Agua de azúcar, ramo
ramo, que no azúcar, me
Reinventando los ríos
Para ti, niña Aitana,
recontando los ríos
este ramo de agua
De agua dulce salada
que no de agua salada
Agua de azúcar, ramo
ramo, que no azúcar, me

**Para ti, niña Aitana,
en estos años tristes,
mi más bella esperanza.**

Reinventando los ríos
Para ti, niña Aitana,
recontando los ríos
este ramo de agua
De agua dulce salada
que no de agua salada
Agua de azúcar, ramo
ramo, que no azúcar, me
Reinventando los ríos
Para ti, niña Aitana,
recontando los ríos
este ramo de agua
De agua dulce salada
que no de agua salada
Agua de azúcar, ramo
ramo, que no azúcar, me
Reinventando los ríos
Para ti, niña Aitana,
recontando los ríos
este ramo de agua
De agua dulce salada
que no de agua salada
Agua de azúcar, ramo
ramo, que no azúcar, me

REMONTANDO LOS RÍOS

I

Para ti, niña Aitana,
remontando los ríos,
este ramo de agua.

De agua dulce, ramito,
que no de agua salada.
Agua de azúcar, ramo,
ramito, que no amarga.

Remontando los ríos...

II

CIERRO los ojos...

Pasan

los ríos por mi cara.

Los ojos...

Son los ríos

Son los ojos...

¿Quién canta,
quién se ríe, quién grita,
quién llora?

Se desatan

los ríos...

De mis ojos
vuela, alegre, una barca.

(Adiós, ramo, ramito.
Para ti toda el agua.)

Remontado los ríos ..

III

Hay ríos que son toros:
toros azules, granas,
tristes toros de barro,
toros verdes de algas.

Por los toros azules
el viento se hace largas
colgaduras de sauce;
relumbre, por los granas;
por los de barro, sombra,
y por los verdes, agua.

(Sube y baja, ramito,
por los verdes de agua.)

Remontando los ríos...

IV

...Y así como son toros,
los hay que son rizadas
ovejas, que son tiernos
corderos que resbalan
hacia los grandes ríos
sus diminutas aguas.

Por los ríos ovejas,
el viento se hace alas
clarísimas de arcángeles,
vilanos de la lana.

(Adiós, ramo florido
de vilanos de lana.)

Remontando los ríos...

V

Ríos caballos, ríos
de colas levantadas,
ríos ciegos, a tumbos,
heridos por las ramas.

¿Quién los doma, ramito?
Mi ramo, ¿quién los para?

¡A la doma del río!

¡A la doma del agua!

(Duerme en caballo dulce...
Ya no galopa el agua.)

Remontando los ríos...

AUTORRETRATO DE JUAN PANADERO

Me llamo Juan Panadero,
Por la tierra y por el mar.
El pan que amaso es de harina
que nadie puede comprar.

Que yo no vendo mi trigo.
Mi pan me lo como yo
o lo regalo al amigo.

Lo que mi molino muele,
lo dice Juan Panadero,
se reparte y no se vende.

Y el que me quiera probar,
vaya sabiendo que soy
harina de otro costal.

Si algo más quieren saber,
se lo pregunten a un río
que va del Puerto a Jerez.

JUAN PANADERO EN AMERICA

Juan Panadero de España
tuvo, cuando la perdió
que pasar la mar salada.

Pero aunque la mar pasó,
Juan Panadero de España
ni se fue ni se perdió.

Porque es de Juan Panadero
no dar nada por perdido,
aunque la mar ande en medio.

Y así se puso a cantar
Juan Panadero de España
del otro lado del mar.

—Soy el viento de la playa,
soy un molino harinero
por donde quiera que vaya.
Me llamo Juan Panadero.

¡Aire, y siempre con más gana!
ayer por tierra española,
hoy por tierra americana.

¡QUE ABSOLUTO DESCANSO!

¡Qué absoluto descanso llegar a ti de nuevo
y dormir sin angustias en la noche sintiendo
que el sueño sigue siendo tranquilamente el sueño

Porque, en verdad, allí del otro oscuro lado,
de las duras fronteras desde donde a ti vengo,
la vida es el cansancio de siempre estar en vela
y el sueño es la fatiga de estar siempre despierto

Basílica de San Pedro

A José Miguel Velloso

Di, Jesucristo, ¿por qué
me besan tanto los pies?

Soy San Pedro aquí sentado,
en bronce inmortalizado,
no puedo mirar de lado
ni pegar un puntapié,
pues tengo los pies gastados,
como ves.

Haz un milagro, Señor.
Déjame bajar al río,
volver a ser pescador,
pue es lo mío.

LOS 8 NOMBRES DE PICASSO

¿Qué hubiera sido de ti, Pablo,
si de entre los ocho nombre
con que fuiste bautizado
hubieras preferido al de Pablo Picasso
el de Diego Picasso,
al de Diego Picasso,
el de José Picasso
al de José Picasso
el de Francisco de Paula Picasso,
al de Francisco de Paula Picasso
el de Juan Nepomuceno Picasso,
al de Juan Nepomuceno Picasso
el de María de los Remedios Picasso,
al de María de los Remedios Picasso
el de Crispín Picasso,
al de Crispín Picasso
el de Crispiniano de la Santísima Trinidad Picasso?

¿Cómo hubiera pintado Diego Picasso,
cómo José Picasso,
cómo Francisco de Paula Picasso,
cómo Juan Nepomuceno Picasso,
cómo María de los Remedios Picasso,
cómo Crispín Picasso,
cómo Crispiniano de la Santísima Trinidad Picasso?

¿Cómo hubiera sido posible:

PRIMERA EXPOSICION EN BARCELONA DE DIEGO
PICASSO

HA LLEGADO A PARIS JOSE PICASSO

CUADROS Y DIBUJOS EN LA GALERIA VOLLARD DE
FRANCISCO DE PAULA PICASSO

ENCUENTRO DE MAX JACOB CON
JUAN NEPOMUCENO PICASSO

GUILLAUME APOLLINAIRE: "EL CUBISMO DE MARIA
DE LOS REMEDIOS PICASSO"
DE GOYA A CRISPIN PICASSO
LOS GLORIOSOS 85 AÑOS DE CRISPINIANO DE LA
SANTISIMA TRINIDAD PICASSO?

Pero no ha sido así
y sólo en la partida de bautismo quedaron
como siete posibles invisibles hermanos,
Diego,
José,
Francisco de Paula,
Juan Nepomuceno,
María de los Remedios,
Crispín,
y Crispiniano de la Santísima Trinidad Picasso
y salió sólo Pablo
sin Diego,
sin José,
sin Francisco de Paula,
sin Juan Nepomuceno,
sin María de los Remedios,
sin Crispiniano,
sin Crispiniano de la Santísima Trinidad Picasso.
Sólo PABLO PICASSO.

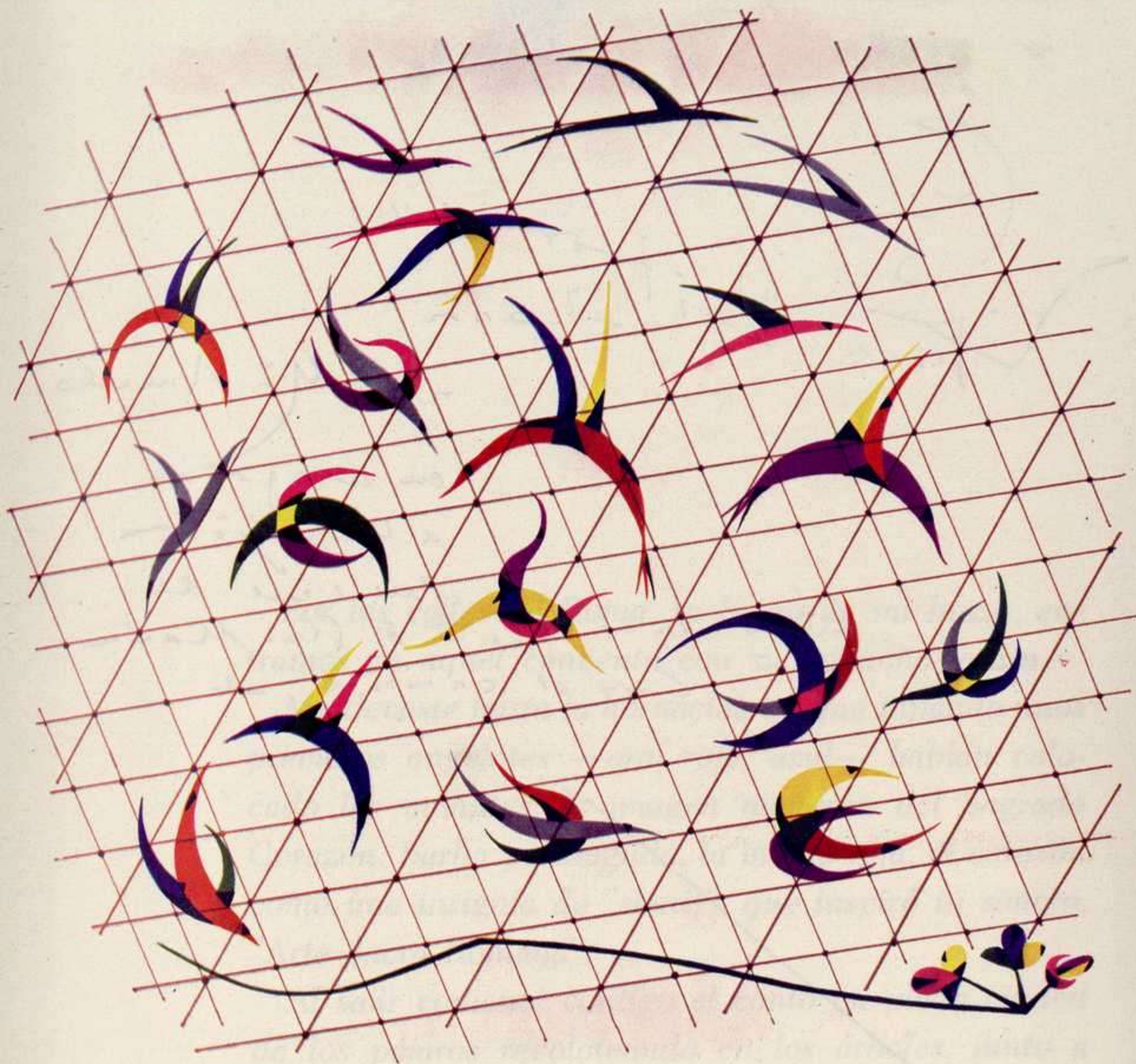
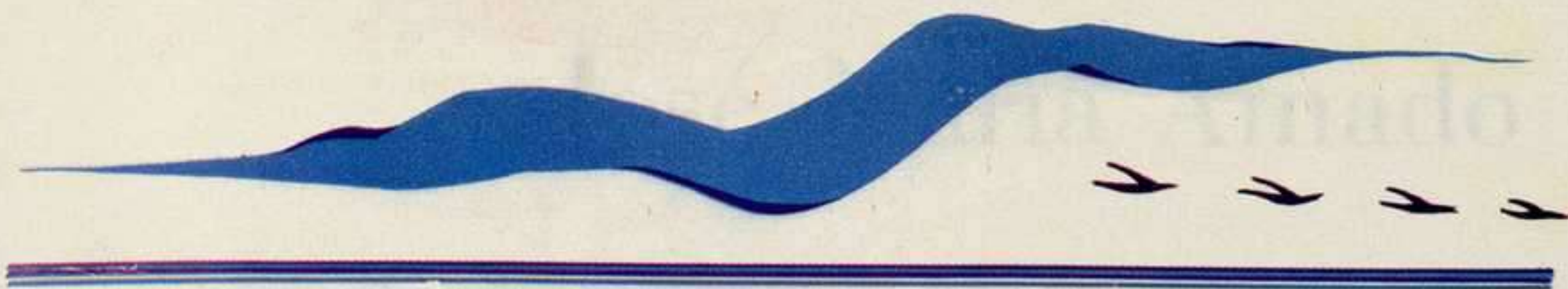
No tenéis donde ir

A José María Amado

No tenéis donde ir, donde traspuntos
cantar al sol, al cielo de primavera,
o entre las hojas frescas de la noche
reposar nuestro dulce, inofensivo sueño,
muda del concierto del día la garganta.
No tenéis ya audición que os escuche.
No hay nadie
que no tenga el oído
cargado de confusos, violetos rumores.
Todo lo habéis perdido, todo, todo.
¿En dónde están los pájaros y adónde
ir a cantarles la última canción?

Jardín de la Farnesina
Roma, mayo, 1969

José María Amado



“ITALIA NOSTRA” DIFENDE LA NATURA

NO ALLO STERMINIO DEGLI UCCELLI

MANIFESTO ELABORATO IN OCCASIONE DELLA CAMPAGNA PER LA ABROGAZIONE
DELLA LEGGE CHE RIPRISTINA LA PRATICA DELLA CATTURA DEGLI UCCELLI CON LE RETI

para "Litoral"
"Litoral"
"Litoral"
"Litoral"

José María Amado,

en desagravio
a los señores
que cede de
nuevo en el Puerto de San Mateo
con el camino de

Alto

Roma, 70

José María Amado

Por las calles de Roma, tu brazo de mi brazo, entramos en aquel convento con su pequeño jardín.

Me llevaste hasta la hornacina en que tapando unos preciosos angelotes —oro, rojo, azul— habían colocado las monjitas, la imagen moderna del Sagrado Corazón: barba puntiaguda, la manta roja, el corazón como una insignia de "sherif", que inspiró tu soneto, "Arte Sacra Romana".

Al salir comenté contigo el canto en plena ciudad de los pájaros revoloteando en los árboles, junto a la pequeña huertecita del convento.

Te pedí un poema inédito para "Litoral" y, a la mañana siguiente, al despedirnos antes de tomar yo el avión para marchar a Niza, me entregaste aquel poema que titulabas "No tienen donde ir" y que me dedicabas después.

Con el recuerdo de aquellas horas y aquellos pájaros he escrito yo estos versos, muy cohibidos al presentarse ante ti, con ocasión de tu 70 cumpleaños.

Los pájaros de Roma

A Rafael Alberti

Noche en "La Gaviota".
Una noche limpia y clara.
Ya es quizá sólo la noche
 en la soledad del alma,
la única cosa limpia
 de cada día que pasa.

Y en la noche las estrellas,
brillantes, tranquilas, lejanas,
parece que nadie irá allí
para enturbiar su mirada.

Por su camino quisiera
 llamar hoy a tu ventana,
la ventana de tu sueño...

Quiero que hablemos los dos
 de tantas cosas pasadas,
días niños y sin hiel
 todo abierto a la esperanza.

Quiero escuchar otra vez
aquella "Pájara Pinta"
sobre la que pondría
 su acordes musicales Manuel de Falla

"La muerte de Joselito"...

"El Alba del Alhelí"...

Días de sol, alegres...

Estanque, patos al agua.

Después la Guerra... la muerte...
...eran distintos los surcos...
y la poesía rota, sobre los rotos caminos.

Andar, andar, siempre andar.
Buscar, la vida buscando
un alma donde caerse dormido
después de haber caminado tanto.

Cepas engarabitadas.
Espuma sobre los labios.
Por las veredas abiertas
siempre un letrero que dice:
Se prohíbe el paso.

Yo encontré este jazminero
que abre sus pétalos blancos
en esa ventana cercana de mi cuarto.
Entre jazmines y estrellas
hoy llamo a tu corazón
Corazón con corazón
los dos juntos recordamos.

Quiero que lleves mi mano
Por estrofas de versos no olvidados.
Que me prestes tu jilguero
Las hojas de árbol que pone
sombra en tu vida,
luz y música en tu canto.

Cumple años, años, años...
El día que tú te vayas
se van a quedar mudos
en su garganta los pájaros.

Soñar, soñar, soñar
¿Hasta cuándo?
Cepas engarabitadas
Espuma sobre los labios
y siempre, siempre el letrero:
Se prohíbe el paso.

En estas horas de nadie
he llamado al *ángel bueno*
aquel que hacía *el alma navegable*.
A cambiar por un momento
las mentiras repetidas,
por la verdad de unos versos.

Quizá no te has dado cuenta
pero hemos hablado tanto
 en este largo silencio.
Quizás no te has dado cuenta
pero hemos hablado tanto
 mientras iba amaneciendo.

La noche dejó de ser limpia.
Lechosa se acerca la madrugada.
Queda el último lucero, el de Federico,
Que preparaba las migas a los pastores del alba.

Y sobre el mar unas barcas.
Aquellas de Manolito.
Las barcas de dos en dos
Como sandalias puestas al sol

Te devuelvo el corazón a Roma
A los pájaros alegres que te esperan
 tras los jardines de la Farnesina.
Viene el día, la luz ya se asoma...
Devuelvo tu corazón, a los pájaros de Roma.

(Torremolinos, "La Gaviota", diciembre, 1972)

PROGRAMA
CAFE DE CHINITAS



COLECCION ARTISTICA "PERCHEL"
MALAGA

PROGRAMA

CAFE DE CHINITAS

Grupo Picasso

JUAN BREVA

LA TRINI

EL PIYAYO



Grupo Alberti

LUISA "LA DEL PUERTO"

MANUEL TORRES

ENRIQUE "EL MELLIZO"

COLECCION ARTISTICA "PICASSO"
MAYAGA

Impreso en la imprenta "La Gaceta" (Havana), 1972

CAFE DE CHINITAS

Agente artístico exclusivo de este Salón MANOLO GARVAYO MALAGA

GRAN ESPECTACULO PARA HOY SABADO 16 DICIEMBRE 1972

A petición del público vuelven a reaparecer la famosa pareja popular únicos en sus géneros de fama Universal.

Pablo R. PICASSO - Rafael ALBERTI



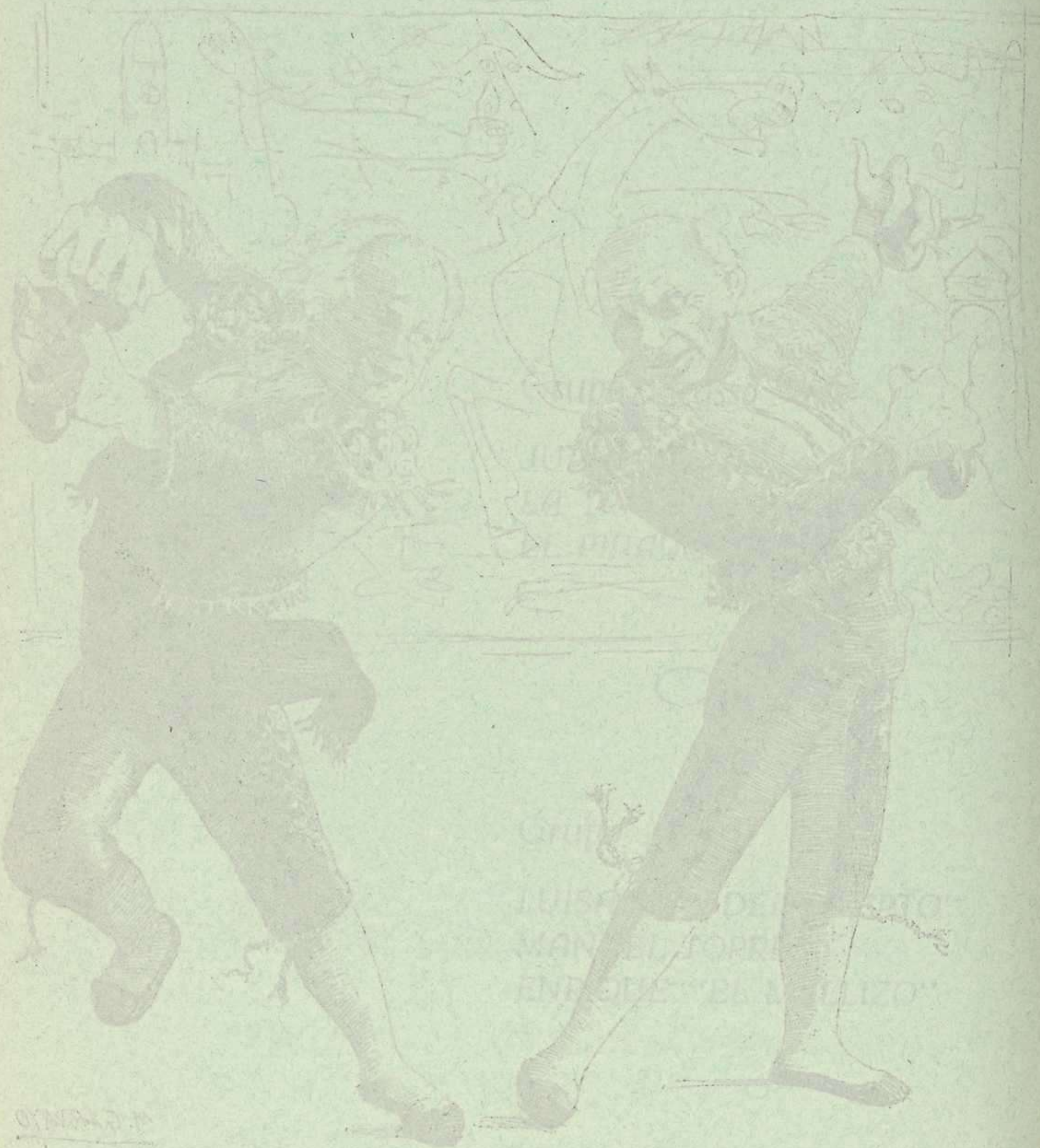
De 5 a 7: THE TANGO y ENSAYOS con asistencia de los artistas intérpretes del Garrotín del Tarambana CONSUMACION CORRIENTE, 0'30

A las 8 y a las 10. A la terminación Grandes Bailes Familiares Entrada al consumo, 0'50

CAFÉ DE CHINITAS

Agente artístico exclusivo de esta Salón MANOLO GARVAYO MALAGA
A petición del público vuelven a reaparecer la famosa pareja popular únicos en sus géneros de la Universidad
GRAN ESPECTACULO PARA HOY SABADO 16 DICIEMBRE 1972

Pablo R. PICASSO - Rafael ALBERTI



A las 8 y a las 10. A la terminación Grandes Salas familiares. Entrada al programa, 0.50
Ganón del Tarampana
De 5 a 7 THE TANGO y ENSAYOS con asistencia de los artistas intérpretes del
CONSUMACION CORRIENTE 0.30

3 retahilas para Picasso

*Mátanme los ojos
de aquel andaluz*

GONGORA

PABLO Picasso nació en Málaga
y halló un palito en el Perchel
que se le convirtió en pincel.
Al pincel le salió una hoja,
a la hoja le salió una flor,
a la flor le salió un pintor
al pintor le salió un toro
que era por más señas de oro,
pero del que cagó el moro,
que era por más señas de plata,
pero de la que cagó la gata.
¿De qué plata y de qué oro
era a fin de cuentas el toro
que le salió al pintor
que salió de una flor
que salió de una hoja
que salió de un pincel
que salió de un palito
que halló Pablo Picasso en el Perchel?
Puedes preguntárselo a él.

Pablo Picasso nació en Málaga
y yendo por la orilla del mar
halló un gran caracol para soplar.
Del caracol salió un azul,
del azul salió un mendigo,
del mendigo un arlequín,
del arlequín una cabra,
de la cabra una pipa,
de la pipa una guitarra,
de la guitarra un caballo,
del caballo una nariz,
de la nariz salió un falo,
salió un falo patituerto,

patilludo, patilargo.
¿De quién este patilludo,
patituerto patifalo
que salió de una nariz
que salió de un caballo
que salió de una guitarra
que salió de una pipa
que salió de una cabra
que salió de un mendigo
que salió de un azul
que salió de un caracol
que yendo por la orilla del mar
Pablo Picasso halló para soplar?
Sólo a él se lo puedes preguntar.

Pablo Picasso nació en Málaga
y ya muy lejos del Perchel
y de la orilla del mar
halló todo lo que quiso encontrar.
Y todo lo que encontró
de detrás de los ojos se lo sacó.
Y tanto sacó
que con todo casi acabó.
Y gritó rabiosa la luz
al sentirse morir de tanta luz:
*Mátanme los ojos
de aquel andaluz.*
¿Quién este andaluz
que al sentirse morir la luz de tanta luz
hizo gritar rabiosa a la luz
y que todo lo que encontró
de detrás de los ojos se lo sacó
y que tanto sacó
que con todo casi acabó
y que ya muy lejos del Perchel
y de la orilla del mar
halló todo lo que quiso encontrar?
Sólo Pablo Picasso te puede contestar.

Rafael Alberti

LITORAL



Este número de "Litoral" lleva en portada la fecha octubre, noviembre y diciembre de 1972.

Las circunstancias que acompañaron al secuestro del núm. 31-32 nos ha obligado a romper la línea bimensual, que encontraremos de nuevo en el número 35-36 "De Cádiz a Granada, homenaje a Manuel de Falla" (en portada enero-febrero, 1973) y con el que cerramos nuestro tercer año literario.

Hemos completado las páginas de este número, reproducción exacta del que en Méjico, en 1944, hicieron los fundadores de "Litoral" en homenaje a Enrique Díez-Canedo con esa felicitación navideña de Gloria Fuertes a nuestros suscriptores y el suplemento a los 70 años de Rafael Alberti.

En estas páginas intervinieron, como en números anteriores, bajo la orientación de José María Amado, Jesús de Ussía, Angel Caffarena Such y Manuel Gallego Morell. Y su confección se terminó el 28 de enero de 1973 en los talleres de "Dardo", Alameda, 37 y "Gráficas San Andrés, S.A.", Alonso Cano núm. 4 de Málaga.

De este número se imprimen 50 ejemplares numerados a mano, con la firma autógrafa de Rafael.

Este libro es el resultado de un trabajo conjunto de los autores, quienes han buscado presentar una visión integral de la cultura cubana, desde sus raíces históricas hasta sus manifestaciones contemporáneas.

El libro está dividido en tres partes. La primera parte aborda el contexto histórico y social de la cultura cubana, desde la época colonial hasta la revolución. La segunda parte se centra en las manifestaciones artísticas y literarias, explorando la evolución de la música, el teatro, la literatura y las artes visuales. La tercera parte discute el papel de la cultura en la sociedad cubana actual, su función social y su relación con la identidad nacional.

Este libro es una obra de consulta para estudiantes, investigadores y amantes de la cultura cubana. Su objetivo es proporcionar una visión clara y detallada de la rica herencia cultural de Cuba, así como de su evolución y su impacto en la sociedad cubana contemporánea.

Los autores agradecen a todos aquellos que han colaborado en la realización de este libro, especialmente a los colegas de la Universidad de la Habana, quienes han brindado su apoyo y colaboración durante todo el proceso de investigación y escritura.

Este libro es el resultado de un trabajo conjunto de los autores, quienes han buscado presentar una visión integral de la cultura cubana, desde sus raíces históricas hasta sus manifestaciones contemporáneas.

Hoy las nubes me trajeron,
volando, el mapa de España.
¡Qué pequeño sobre el río
y qué grande sobre el pasto
la sombra que proyectaba!

Se le llenó de caballos
la sombra que proyectaba.
Yo, a caballo, por su sombra
busqué mi pueblo y mi casa.

Entré en el patio que un día
fuera una fuente con agua.
Aunque no estaba la fuente,
la fuente siempre sonaba.
Y el agua que no corría
volvió para darme agua.

Rafael Alberti